

CENIT

sociología
ciencia - literatura

9
Sumario

Redacción: Notas de actualidad.—Encuesta. En torno a la España revolucionaria de 1936. Contestaciones de Aristides Laire, Geo Kubo, T. Yamaga, Rex Comfort, Louis Lecoin, E. Lemand, Tato Lorenzo, René Amberet, Ernestan, Gérard Lacaze-Duthiers. — Felipe Ruiz: Variantes del romanticismo español.—Georges Woodcock: Anarquismo constructivo. Herbert Read: El Arte en la evolución del Hombre.—Bernard Rusell: Reflexiones al cumplir los ochenta años.—Jules Renard: Ideario.—Hugo Bedeli: De los principios y los métodos de organización.—Mariano Viñuales: Desfaciendo entretos, Sancho Panza.—S.E.: El anarquismo entre los esquilados.—Baltasar Gracián: Ideario.—Albert Soullion: Reportaje. Cómo he trabajado «a cadena».—La vida y los libros.—Portada de Call.



19

Julio
1952

REVISTA MENSUAL

NUESTRA PORTADA

«En el principio fué la acción», escribió Goethe. Así en España la rebelión del 1936, toda ella impulso y fragor de lucha. Etapa inicial de un nuevo vivir. La acción, cuajada en un nuevo anhelo espontáneo, abrió cauce; tomó impulso y ha ido dejando una estela de recuerdos...

Han pasado los años, uno tras otro, en la imaginación, en aquella región del cerebro donde quedan guardadas las imágenes, permanece la huella imperecedera de los primeros días, aureolados de heroísmo; de ese heroísmo fecundo que permitió toda suerte de realizaciones. Etapa que pudo ser crisol de un mundo nuevo.

Ha transcurrido el tiempo y con él la imagen fresca, brutal, de la sangre, de las ruinas humeantes. Como un tanto difuminada en la mente, queda la visión trágica de aquellos instantes de lucha enconada. Se atacaban las fortalezas de un régimen prepotente.

Románticos oriflamas de rebelión, armas deficientes, manejadas con más entusiasmo que destreza, impulso febril, incontenido; anhelo entrañable de dar fin a un secular pasado de ignominia... Esto y mucho más significaron aquellas horas de horror pasional en la noche y en la madrugada del 19 y 20 de julio de 1936.

La tétrica silueta del castillo de Montjuich, la hosca mole de las murallas de Atarazanas fueron pétreos testigos de los primeros chispazos de la revolución. Baluartes del militarismo, desde ellos se cubrió de metralla el pecho de los primeros asaltantes, hasta que el pueblo se adueñó, con tesonero sacrificio, de lo que parecían fortalezas inexpugnables.

Después, el silencio, la soledad, la silueta, en la mente del último caído...

LA PENSÉE CHINOISE ET SON ROLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por Paul GILLE

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «CENIT», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA

x

Comisión de Redacción: Fontaura, Peirats, Ferrer.

Administrador: J. Cazorla. — 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año II

Toulouse, Julio 1952

Nº 19

Notas de actualidad

LA UNESCO, OTRA VICTIMA DEL FASCISMO. LA OFENSIVA DEL CLERICALISMO EN EE. UU.

La experiencia nos ha venido demostrando cómo muy poco cabe esperar de cuantos organismos político-sociales, de un modo más o menos directo, van engarzados a lo que es consubstancial, a lo que guarda relación con el Estado. No obstante, hasta hace bien poco, incluso entre los más escépticos, se consideraba que había en la UNESCO un efectivo fermento de liberalidad. Se creía que en dicho organismo juntábanse hombres unidos por vínculos hondamente humanitarios; por anhelos de cultura, de civismo, más allá de la estrechez nacionalista de las fronteras. Vamos notando cómo ese loado baluarte de civilización y humanismo tiende a perder el prestigio de que ha venido siendo objeto...

Uno de los intelectuales de más relevante prestigio liberal, Albert Camus, ha enviado, como es sabido, una carta al Secretario del citado organismo. En ella evidencia su desilusión, al constatar como una entidad que ha venido blasonando de anhelos democráticos, progresistas, tiende a dejarse conducir por el maquiavelismo de esos políticos que, en circunstancias no lejanas, execraban a Franco y sus adláteres en tanto que hoy han llegado casi al extremo de rendirle pleitesía. Camus, indignado, ha dejado oír su voz de protesta, lanzando públicamente una llamada de alerta a la conciencia de cuantos en la UNESCO han venido cifrando sus ilusiones.

Cabe esperar que la voz de Camus halle eco en la conciencia de otros hombres, en quienes el talento va aunado a la dignidad. Para ellos la decepción puede ser provechosa en enseñanzas: Pueden comprobar cuantos tengan como norma del vivir la lealtad lo que cabe esperar de aquello que, por estar vinculado, en mayor o menor grado, al conjunto estatal, ha de hallarse sujeto a los inconfesados e innobles designios de la política.

Si la UNESCO llega a tolerar abiertamente al fascismo que hoy impera en España, quedará harto evidenciado el relajamiento moral de cuantos continúen en su seno; relajamiento tanto más acentuado cuanto mayor haya sido su propensión a tildarse de liberales, propiciando el progreso y la libertad de conciencia de los pueblos.

* * *

Tras lo que el humorismo popular ha calificado de «Olim-

piada negra», el recién celebrado Congreso Eucarístico Internacional, se han prodigado toda suerte de comentarios alrededor de lo que el clericalismo es y representa en la hora actual. Aquella sobada imagen literaria de Blasco Ibáñez, al denominar a la Iglesia la «araña negra», continúa, en tanto que metáfora, representando una realidad. De una o de otra forma, introduciéndose donde sea que pueda dejar sentir su influencia, el clericalismo no cesa de actuar, ya encubierto, bien en abierta actividad de catequesis.

Es harto significativa, a este respecto, la ofensiva vaticanista que se viene llevando a efecto en los Estados Unidos, precisamente un país donde, desde 1775, su Constitución aboga por la libertad de conciencia y tiene conseguida la separación de la Iglesia, sea cual fuere su tendencia, de lo que en sí constituye el Estado. En pos de una acentuada campaña proselitista, ha emprendido ahora el clero norteamericano una ofensiva ruidosa contra aquellas obras de teatro que estiman adversas al dogma religioso. Tal es el caso, en lo que se refiere a la ópera de Schiller «Don Carlos», donde, como es sabido, el gran dramaturgo alemán fustigó el despotismo de Felipe II y la crueldad de la Inquisición.

Así tenemos que en la Metropolitan Opera, de Nueva York, han arremetido las bullangueras manifestaciones de protesta, por parte de asociaciones católicas, contra la representación de la citada obra de Schiller. Por supuesto, las actividades propagandísticas de la Iglesia católica en los Estados Unidos han hallado su contrapartida en la noble conducta de cierto número de intelectuales que, sin vacilaciones, han dicho denodadamente lo que consideran la verdad, denunciando con valentía los manejos del clericalismo. Uno de ellos ha sido el emirante crítico musical Kurt List, el cual escribe en una conocida revista norteamericana: «Particularmente en los Estados Unidos, una vez más, Roma aspira al poder temporal... Ella trata toda desviación de lo que constituye su dogma, como un obstáculo tendiendo a limitar su poder de expansión.»

La Iglesia, por doquier, y hoy como siempre, busca la parte débil de los unos; se vale de la inactividad de los otros, para introducirse en la vida social, Hipócrita, fingiendo humildad y recato cuando se considera débil, tumultuosa, despiadada, cuando se juzga fuerte.

ENCUESTA

En torno a la etapa revolucionaria de 1936

Coincidiendo con el décimosexto aniversario del 19 de julio de 1936, se ha considerado que podría revestir un cierto interés iniciar una encuesta, con carácter internacional, al respecto de lo que fueron aquellos acontecimientos. Estimando que elementos no españoles podrían ofrecer un juicio más objetivo, se ha enviado la pregunta que sirve de tema a la encuesta a libertarios de distintos países, compañeros que, por sus actividades y condiciones intelectuales, son harto conocidos.

El tema de la encuesta es el siguiente:

¿CUALES SE ESTIMA QUE FUERON LOS ASPECTOS MAYORITARIAMENTE MERITORIOS Y LAS MAS ACUSADAS DEFICIENCIAS EN EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DE ESPAÑA, QUE TUVO LUGAR EN JULIO DE 1936?

Se insertan a continuación las contestaciones que hasta la fecha se han recibido. Ni que decir tiene, que las opiniones emitidas lo son exclusivamente de sus respectivos autores, sin que ello signifique, por supuesto, una total identificación de pareceres con los que redactamos esta revista.

El Movimiento de resistencia al franquismo y de realización revolucionaria, cuyo 16 aniversario conmemoramos, es ciertamente muy rico en enseñanzas; pero es muy difícil de estudiarlo con objetividad, sin *parti-pris*, hay que hacer abstracción de todas las nociones adquiridas al respecto de la Revolución, sobre la sociedad futura, sobre el comportamiento de los anarquistas en tales y tales circunstancias. Es lo que ensayaré de hacer, sin tener la certidumbre de conseguirlo por completo.

Primer punto: Resistencia a la rebelión fascista. Ella respondió aproximadamente a los medios de que disponían los compañeros, quienes no podían, evidentemente, prever la incapacidad total del gobierno republicano. Parece ser, no obstante, que la trabazón con los centros en donde podíamos contar con compañeros, no marchó como era necesario, dadas nuestras antiguas modalidades sin tener en cuenta los modernos medios de relación: la radio, la aviación, los automóviles, etc., cosa que se explica por el hecho de que no fueron precisamente los libertarios quienes decidieron la revolución, sino los fascistas, habida cuenta además que la mayoría de conflictos que habían precedido a los acontecimientos habían tenido un carácter local o regional.

Las masas que componían nuestro movimiento no tenían la costumbre de pensar en el plan nacional, e inclusive los militantes no estaban del todo desprendidos de ciertos particularismos regionalistas. Existe, en lo que afecta al movimiento español, un complejo bastante curioso: en tanto que el pueblo español es el más desprovisto de xenofobia, el más acogedor para los «extranjeros», no llegó a pensar por un instante en aquellos que, más allá de las fronteras, participan en las mismas luchas, tienen las mismas aspiraciones y los mismos intereses. Una tal mentalidad llegó, en ocasiones, a tener consecuencias bastante graves. La impresión del militante era que aquello se pasaba «entre españoles», mientras que, desde los primeros días, el mundo entero intervenía en España de un modo directo o indirecto.

Al igual que no se había tomado la decisión de atalayar la acción revolucionaria en un plan nacional, menos aún se la consideraba en un plano internacional. Y cuando se constató que las naciones democráticas o fascistas in-

tervendrían, no se supo convenientemente llamar la atención de los revolucionarios al objeto de que, por lo menos, ellos neutralizaran la acción, siempre nefasta, de sus respectivos gobiernos. La «propaganda», con miras al extranjero, carecía generalmente de una clara e inteligente visión de la situación. No se supo mostrar a los pueblos lo que aquel movimiento tenía de verdaderamente revolucionario. Se le quiso presentar como de un carácter de defensa republicana, minimizando en lo posible la acción verdaderamente interesante para los pueblos: las colectivizaciones, las socializaciones, incluso siendo éstas imperfectas. No se supo hacer ver el carácter «socialista y libertario» de la revolución. Ello fué un grave error que se explicaba por otro error más grave aún, y que puede ser el que determinó, en definitiva, la suerte de la revolución: la ignorancia casi total del estalinismo.

Si España hubiera conocido las características de la propaganda y de la acción de la Internacional Comunista, jamás este partido hubiera sido integrado a la revolución española, no obstante la ayuda aportada en armamento—ya sabemos en qué condiciones—por Rusia.

Desde el exterior se tuvo la idea de que los comunistas podían maniobrar el movimiento español, los países fascistas de una parte, por las razones conocidas, y los países democráticos, a los que se ponía en la alternativa de decidirse bien por el fascismo negro o pardo, bien por el fascismo rojo, convinieron prácticamente aniquilar nuestra revolución.

La lección, por otra parte, no fué comprendida por todos, puesto que después de 1939, ciertos militantes han llegado a pensar en un acuerdo posible con los estalinianos.

Como las demás insuficiencias, ésta se explica por la situación que, anterior a la revolución, se hallaba España, la que no había participado en la guerra de 1914-18 y, por razones que sería largo explicar aquí, la Internacional Comunista no había hallado eco en el seno de las masas organizadas, aún y con todo el que la C.N.T. tuvo un momento de vacilación en adherirse o no a la Tercera Internacional. En el plan político la influencia era nula, y la participación del Partido Comunista español en la revolución ha-

bía sido igualmente nula. Se le había descuidado, se le conocía mal; es lógico, y estas observaciones no tienen el carácter de crítica, son, simplemente, constataciones, por desgracia, bien fundadas y que no se aplican a los individuos sino a un estado de cosas general del que era imposible desprenderse dadas las circunstancias.

Sin embargo, si a la revolución se la hubiese imaginado en un plano general y de amplitud mundial, con seguridad que se hubieran tenido en cuenta las advertencias del exterior, las cuales no faltaron.

Las insuficiencias de orden «político» eran también difíciles de evitar, dado que la acción de los militantes se había ejercitado, sobre todo, a través de los sindicatos. Y aunque la C.N.T. sea «libertaria», con sindicatos que, en su mayoría, carecían de una seria preparación cultural, a lo que hay que agregar el contacto lógico, normal, con la U.G.T., esos militantes se han visto en el caso de tener siempre que animar, conducir, dirigir, a sus compañeros. Ellos han tomado también la deformación del «jefe», incluso cuando, filosóficamente permanecieran siendo anarquistas. Hay en ello una deformación inevitable, en tanto que las «masas» no estén compuestas de individuos cultivados, capaces de determinarse por sí mismos.

Ciertamente, todas esas insuficiencias fueron graves, pero grandes fueron las cualidades desplegadas en todos los aspectos por la «militancia». Sorprendida de un modo inesperado por el desarrollo de los acontecimientos—yo creo que sin la rebelión de Sanjurjo-Franco, contra el Estado ninguna revolución hubiera sido posible en 1936—la militancia F.A.I.-C.N.T. estuvo a la altura de las circunstancias y, en el plan político, rechazando toda idea de dictadura, demostró con ello su valor ideológico, en tanto que en el plan social y económico llevó a efecto las suficientes realizaciones para que al Movimiento español del 19 de julio pueda llamarsele «una revolución» y quedar, como tal, el ejemplo más completo de realización socialista libre. Poco es lo que puede diferenciar a esos militantes, algunos de los cuales fueron simplemente admirables, de las «masas» populares, bien de la industria, o bien de la agricultura, las que, impregnadas de conceptos anarquistas de los años que antecedieron al 1936, y con su simple buen sentido, ante una necesidad nueva: la de vivir sin las reglas normales del orden habitual, supieron realizar en grado máximo, con audacia y dentro de la mayor pureza de sentimientos, los ejemplos de convivencia fraternal que constituyeron las «Colectividades».

Quizá no se tuvo la suficiente confianza en «el pueblo», como ya Kropotkin había recomendado tantas veces. El pueblo español, no obstante su acentuada incultura general, demostró su capacidad constructiva; hubiera hecho falta ofrecerle la garantía contra el parasitismo que, evidentemente, tendía a volverle a oprimir bajo el yugo.

Vivida día a día, con la perenne alternativa de «vencer o perecer» los revolucionarios españoles no han comprendido suficientemente la grandeza de la obra por ellos realizada, y sin duda serán los últimos en comprender la formidable repercusión en el conjunto de la vida social mundial.

Nada se ha perdido de su experiencia; ella no ha muerto, sino que sirve de elemento a realizaciones en el área internacional, aún y con todo el parecerle absolutamente ajenas. Más aún que hoy día, dentro de algunas décadas, se hablará de la Revolución española de 1936-39.

ARISTIDES LAPEYRE.

Burdeos.

En ocasión del XVI aniversario de la Gran Revolución Española, con plena simpatía, tenemos la satisfacción de mandaros nuestra opinión.

La REVOLUCION ESPAÑOLA ha sido para nosotros

el Faro de Luz, después de la gran decepción que nos causó la Revolución Rusa. El conjunto de los anarquistas japoneses, con fervor y sin descanso, propagamos el hecho de la REVOLUCION SOCIAL ESPAÑOLA a las organizaciones obreras del Japón, que en la actualidad están influenciadas por la reacción y el estalinismo. Desgraciadamente, no disponemos de los materiales de edición suficientes que traten de la Revolución de Iberia. Por este motivo nos cabe el temor de equivocarnos nuestro juicio en torno de las características de esta gran contienda, pues hasta la fecha poca documentación al respecto hemos podido coleccionar. Encontramos una cosa que nos duele mucho sobre la cuestión, y es la siguiente: los anarquistas españoles fueron demasiado tibios con el Gobierno, y con los bolcheviques, quienes crearon gran cantidad de dificultades en la retaguardia del frente establecido contra Franco. Aún encontramos muchos hechos que minimizaron el poder de lucha de los trabajadores, lo que produjo una manifiesta desventaja en la contienda, no solamente se registra esto, sino que queda para nosotros como un hecho incomprensible. Al mismo tiempo, y a pesar de lo que señalamos, nos es fácil comprender que los bolcheviques causaron impedimentos para frenar la Revolución, además de mixtificarla.

Aunque en ella hubiera diversos errores y decepciones, deseamos agregar unas palabras: lo grandioso de la REVOLUCION ESPAÑOLA no es ni será nunca un fracaso.

Esperamos transmitiréis nuestros más cordiales respetos y saludos, de Extremo Oriente, a los heroicos compañeros de la C.N.T. y la F.A.I. quienes aún hoy, intensamente y sin cesar, atacan al régimen de Franco.

Con un saludo fraternal,

GEO KUBO (Osaka, Japón).

T. YAMAGA (Kioto, Japón).

(Traducido del esperanto por Trenc).

Lamento el que no me sea posible hilvanar un texto al respecto del tema que se me ha propuesto, dado que de ello no sé nada, ni de la historia de la revolución en España ni de su programa. Sobre este particular me hallo en absoluta ignorancia.

Londres.

Dr. ALEX COMFORD.

«¿Qué podemos decir nosotros al respecto de un movimiento de tanta importancia que pueda interesaros, nosotros que en él hemos tomado una parte tan espaciada y tan poco activa?»

No podemos decir gran cosa.

Demostrarían ser bien osados y presuntuosos quienes se aventuraran a criticar aquello, quince años después, en tanto que la dictadura, como bien sabemos, se deja allí sentir y a vosotros os tiene en exilio.

En lo que a mi concierne, me contentaré en desear que España vuelva a gozar de una relativa libertad, que todos los compañeros puedan volver allí para emprender la lucha que la C.N.T. y la F.A.I. no dejarían de indicar

LOUIS LECOIN.

Vence (Alpes Marítimos).

Primero. Me considero muy embarazado para poder dar una respuesta en cuanto a los aspectos más interesantes, los defectos, o insuficiencias de este movimiento, por la simple razón de que en él no tomé parte, y de que jamás he visitado España. Todo cuanto sé de ese movimiento, ha sido gracias a los periódicos españoles que recibí durante su período de duración, así como también por las informa-

ciones contradictorias que obtuve de *viva voce*. Ello no es suficiente para emitir un juicio serio; incluso si, emocionalmente hablando, mis simpatías personales me atraían hacia ese movimiento, ello no tiene nada que ver con el sentido crítico, indispensable a la opinión imparcial que debe ser regla normal en una tal materia.

Segundo. Me encuentro también embarazado a causa de mi posición ideológica. Soy individualista anarquista, es decir que negando, rechazando el Estado y sus instituciones, fundamento toda realización de grupo en el hecho individual, la soberanía del *individuo razonable* (no aludo al «hombre natural»), la propiedad del esfuerzo individual perteneciendo, de manera inalienable, al productor de ese esfuerzo. No concibo el grupo sino en función del individuo y no el individuo en función de grupo. Luego, adversario de la violencia, de la coacción, de la crueldad, del dominio igual que del servilismo, partidario del respeto imprescriptible al ser humano—de admitir las asociaciones fundamentadas en el libre acuerdo y la emulación—concurrentia descansando en el verdadero compañerismo, la lealtad, la franca amistad—he de constatar que durante estos diez últimos años mi sensibilidad personal se ha visto sometida a una ruda prueba—. Por otra parte, desde hace ya medio siglo, veo el rebaño humano resbalar hacia un régimen, más o menos disimulado, de la «termitera». Lo que me hubiera interesado es si el movimiento revolucionario español era, en último extremo, susceptible de promover, de instaurar, una modalidad de espíritu individualista anarquista tal y como, sumariamente, he expresado más arriba. Pero, sobre este aspecto, no poseo luces suficientes para asentar mi opinión.

Orleáns.

Los aspectos meritorios esenciales, a mi criterio, son aquellos iniciales que se caracterizan por el espíritu de rebelión del proletariado, su sentido consciente, propicio a la libertad, que marca rumbos a los pueblos productores del mundo.

El alzamiento en armas de los trabajadores frente a los chacales militaristas, y los fascistas, falangistas, los siniestros perros de Hitler y las bestias amaestradas marroquies.

Lo más hermoso del movimiento español fué su iniciación, la rebeldía espontánea, sin jefaturas, sin mandatos de jerarcas, sin disciplinas estatales, ni los pronunciamientos de carácter cuartelero que vinieron después.

Lo que maravilla y aún hoy crea el suspenso admirativo, es la acción de los primeros momentos del movimiento revolucionario, el carácter social, genuinamente libertario, de la lucha en los primeros instantes, que luego fué desviada hacia la conservación de la República, hacia la defensa de lo político, para beneficio del Estado y el Capitalismo.

Los aspectos meritorios más altos, a mi ver, radican en la acción de cada uno de los españoles conscientes, militantes de la F.A.I. y de la C.N.T. que se lanzaron a la lucha con coraje sin igual y se constituyeron en héroes de la emancipación social.

Los que se caracterizaron como rebeldes conscientes y jugaron su vida enfrentando a los tres poderes, sin distinción: el militarismo, el capitalismo y el Estado, sinceramente convencidos de que se trataba de la revolución social, de que era la hora del pueblo, contra quienes le oprimen y explotan.

Las más acusadas deficiencias, que yo llamaría defecciones o traición a la revolución, fué el colaboracionismo con el Estado, el ordenamiento y domesticidad autoritario de las masas en acción, el injerto de las disciplinas cuarteleras en las milicias, que debieron ser siempre voluntarias para merecer el nombre de libertarias.

La desviación de la revolución española hacia los cauces estatales ha sido la gran tragedia, no sólo para España y sí también para el mundo.

El hacer entrar con sus maniobras a los Estados, la estafa de los armamentos operada por Rusia, el creer en ayudas de los gobiernos llamados democráticos, todo eso, con sus trampas traicioneras, fué un verdadero juego de derrotismo para la revolución española y de sacrificios para sus mejores combatientes.

Mal, mucho mal, también hizo, la frase hecha: «Renunciamos a todo, menos a la victoria...»

Los revolucionarios, nunca deben renunciar a nada. Sus principios, son los que mueven, los que presiden su acción. Una victoria, que impone la renuncia de los motivos por que se lucha, es en realidad una derrota. Es cuanto puedo decir.

TATO LORENZO.

Montevideo.

¿Cuales han sido los aspectos más interesantes de la Revolución española, en sentido libertario?

Desde la iniciación del movimiento revolucionario (19 de julio) hasta la rendición de Madrid, quedarán, para ejemplo de las generaciones venideras, la abnegación, el entusiasmo, la confianza en el triunfo contra el fascismo, y la fe inquebrantable en la instauración de una sociedad comunista libertaria.

Es notable en este aspecto la aportación voluntaria de los cenetistas y anarquistas (hombres y mujeres) en su desvelo de cooperación incondicional al servicio de la causa libertaria.

Luego destaca, como luz resplandeciente de fulgores ideales, un humanismo sin igual, con un espíritu de justicia alejado de todo privilegio, de toda imposición. Para ello y para justificación está la obra cultural de los libertarios. Una obra que eleva y dignifica la concepción de la lucha anarquista. ¿Cuánto podría escribirse y decirse sobre lo que fué higiene y sanidad, igualmente obra confederal y anarquista!

Lo más fundamental, la característica más destacada es que el pueblo, desde el comienzo del movimiento revolucionario, se impregnó del ideal libertario. Y esa confianza en sí mismo, para que triunfara la causa de la libertad, no dejó de manifestarse en todos los momentos—hasta en los más críticos—al punto de que no se dejó arrastrar por ningún partido político, tenía confianza en su organización. Ello explica por qué los trabajadores, durante el periodo revolucionario—contra los manejos politiqueros—buscaban la fusión de la U.G.T. y C.N.T. en una organización sindical única, que fuera en lo venidero la que controlara la economía productiva y distributiva, con una equidad y una justicia ejercidas de abajo a arriba.

En esto ninguna revolución del pasado puede igualarse, máxime cuando los trabajadores ponían en la búsqueda hacia la unidad todas sus fuerzas. Para ellos la unidad no era una dejación de sus finalidades que eran de destrucción del Estado y del capitalismo.

¿Qué insuficiencias y defectos hubo en la Revolución española?

Estudiada, basándose en el anarquismo integral—movimiento anarquista—, la Revolución española tuvo inclusive desviaciones.

Pero, si se quiere ser sincero en la apreciación de los hechos, hay que tener en cuenta—en casa caso y en toda circunstancia—la situación internacional. Esto es importantísimo por el hecho de que la C.N.T. vence al militarismo sublevado, al unísono con el fascismo y la revolución salió—por su significación libertaria—del radio de acción de España, pasando a ser internacional.

Si los obreros de las Centrales sindicales, más o menos revolucionarias—hablando a tenor de sus proclamaciones de

fe sindicalista—hubiesen respondido con la solidaridad de clase, como la solidaridad de clase, como la aplicaron los capitalistas y los políticos contra los anarquistas españoles y el pueblo español en su conjunto, muchas de estas insuficiencias o defectos no se hubieran registrado.

No obstante, es honrado mencionar el defecto estatal del Colectivismo. Es una falla fundamental, puesto que esto implica la entrega de la Economía al control del Estado, anulando, de hecho, la iniciativa revolucionaria del pueblo trabajador.

Otra defeción fué la incorporación de los anarquistas—su organización específica—en la cooperación estatal y política, como en el Frente Popular, en Valencia, y más tarde en Barcelona.

A fuer de imparcialidad hay que reconocer que la petición de una Escuela de guerra, para formación de la oficialidad, automáticamente era una reinstauración de la jerarquía en todos los órdenes de la vida social. Indudablemente, el pueblo no la pidió, y el mejor ejemplo es que no respondían los sindicatos, ni los grupos para el envío de compañeros a la Escuela de guerra.

No debían haber dejado piedra sobre piedra de las cárceles, ni habilitar nuevas mansiones donde encerrar a los enemigos del nuevo régimen. Era más noble, más anarquista, abrir las fronteras a los enemigos que condenarles a prisión o una estancia en campo de trabajo.

También puede notarse como una deficiencia libertaria el aceptar que no tuvieran valor circulatorio los vales contables, avalados por los sindicatos, que los trabajadores adoptaron, el primer día de la revolución, como signo evidente de la caída del régimen capitalista.

Testimonio de nuestra objección es el que queda de la gestión colectivista, al margen del control establecido en Cataluña, y luego generalizado en toda España, hasta el día en que los comunistas le asestaron el golpe mortal que debía fatalmente ser prelude del triunfo del fascismo en España.

Creo que con estas palabras contesto suficientemente a las preguntas que me han sido hechas.

RENEE LAMBERET.

París.

El aspecto más interesante de la revolución española, y lo que constituyó una verdadera revelación, fué la extraordinaria facultad de adaptación revolucionaria de los trabajadores de la base, tanto en el dominio de la industria como en el de la agricultura, respondiendo con ello a la inquietud de los teorías socialistas en general al respecto de la «capacidad proletaria». Estos trabajadores ofrecieron las pruebas de una conciencia y de un sentido de responsabilidad, llegando a asombrar a todo observador imparcial. Y es este un hecho que merece ser puesto en evidencia, tanto más cuando en torno del mismo reina una verdadera conspiración del silencio.

Recordaré toda mi vida las visitas efectuadas (y de un modo imprevisto) a grandes empresas, fábricas de tejidos y de otros artículos, que pude ver en su pleno rendimiento, administradas y dirigidas por los comités de trabajadores con un fervor y un rendimiento admirables. Hay que dejar de lado todo lirismo y no llegar al extremo de pretender, por ejemplo, que en tales condiciones el trabajo fuera un placer. No obstante, de mis rápidas informaciones, me llevaba la convicción de que, en aquel régimen, la fábrica dejaría de ser un presidio o un cuartel para transformarse en una obra social mediante la cual, incluso sudando y penando, el trabajador guardaría conciencia, de su cualidad humana.

Otra impresión muy intensa que podía captarse de los libertarios españoles era su coraje y su dignidad. De su coraje en el combate poco voy a hablar, ya que nadie lo ha puesto en duda. Más que en los que cayeron, y entre quie-

nes había queridos amigos míos, pienso en aquellos a quienes la muerte preservó, que conocieron la retirada, la «acogida» ignominiosa de la Francia republicana y del Frente Popular y... sus campos de concentración.

Es así que en 1940, huyendo de la invasión hitleriana, e internado como sospechoso, me encontré con bastantes que había conocido estando en guerra cuatro años antes. Fué entonces cuando pude apreciar en ellos la más alta expresión de valor: el valor moral, tranquilo, sereno, sin nada que lo pueda perturbar. Todo parecía perdido; el fascismo alemán y con él el fascismo internacional, iban de triunfo en triunfo, pero ellos, los prisioneros españoles, guardaban intactas su fe y su voluntad en pos de días mejores que no dejaron de venir.

Todo esto y muchas otras cosas aún hacen de la epopeya revolucionaria y libertaria española la página más bella de la historia del movimiento de emancipación humana en los tiempos modernos.

¡Y, sin embargo, fueron vencidos!

Sin duda alguna, no pocas de las causas de ese desastre deben ser buscadas fuera de España. Un día quizás saldrán de las cancillerías europeas las pruebas de las infames transacciones que entregaron España a Franco y su banda. Quizás entonces se sabrá claramente porqué los pseudo demócratas, lo mismo que la Rusia estaliniana, aceptaron un tal convenio. Mas en esto, es menester también guardarse de las explicaciones simplistas, endosándolo todo a la fatalidad. Aun hoy no me parece absurdo el suponer que la revolución española, de haber sido dirigida mejor y en un sentido resueltamente libertario, hubiera podido sobrevivir y vencer.

Es así que, con fraternal franqueza, me hallo en el caso de hacer ciertas consideraciones en torno a la acción libertaria en el seno de la revolución.

Ya he dicho la admiración que me causó el sentido de responsabilidad manifestado por los trabajadores de la base, pero ello no contradice en nada la impresión de insuficiencia experimentada frecuentemente ante el caso de militantes situados en lugares de importancia capital.

Recordemos, una vez más, que el proletario libertario español no se hallaba solamente ante la tarea de construir un régimen nuevo, sino que estaba, al propio tiempo, comprometido en una áspera lucha, con innumerables enemigos que desgraciadamente, no se hallaban todos a la otra parte del frente. De tal suerte que al margen de las realizaciones en el aspecto económico, industrial, agrícola, etc., los libertarios tenían que hacer frente a una gran cantidad de problemas de política interior y exterior, exigiendo tanta competencia y capacidad como el uso de un método y de un espíritu decidido.

Buena cantidad de militantes libertarios se hallaron de un día al otro ante tareas que iban más allá de sus aptitudes. Ello es una constatación, más bien que un reproche, puesto que conozco bien lo que puede explicar una tal situación, sin poner en entredicho la buena voluntad y el valor de quien fuere. Pienso también que una buena cantidad de estos militantes no se hallaban preparados a tales tareas, por la simple razón de que se trataba frecuentemente de tareas políticas.

Hay que reconocer que una de las grandes debilidades del anarquismo en general (y por consiguiente del anarquismo español igualmente) es su incapacidad política, lo cual resulta simplemente del apoliticismo o del antipoliticismo tradicional de los anarquistas.

Han hecho falta duras experiencias, y puede ser que hagan falta más, para hacer comprender a todos los libertarios que si la política, tal y como la entienden los autoritarios de todos matices, es la peor de las cosas, ella puede ser una ciencia al servicio de la buena causa, aun no siendo más que el arte de no ser engañados por nuestros enemigos y, más aún de nuestros falsos enemigos. Puede ser

que los libertarios, al mismo tiempo, lleguen a aprender que sólo hay un medio de suprimir la autoridad, y que éste no es otro que la organización.

Así, aparecieron las debilidades de un anarquismo, cuya idealidad era tan pura y abstracta que desdeñaba las contingencias y los medios de traducir prácticamente este ideal dentro de la realidad. Toda la preparación política de muchos libertarios consistía—y con frecuencia consiste aún—en esperar el «Gran Día» caídos los viejos regímenes, después de lo cual, sobre sus ruinas, y en un suelo virgen, las masas entusiastas edificarán espontáneamente la perfecta anarquía...

Nuestros compañeros españoles, los primeros, han aprendido que, dentro de la realidad, las cosas no se presentan siempre de una manera tan simple. Ellos se han encontrado bruscamente ante un cruel dilema, y frecuentemente—de ello estoy seguro—ante penosos casos de conciencia. Llegó entonces, frecuentemente también, que, no hallando soluciones conformes a su ideal, rompieron en seco con el suyo para caer en un oportunismo político peligroso y torpe. Las conclusiones constructivas de estas observaciones nos llevarían singularmente más allá de los acontecimientos de España. En lo que a mí concierne, ello no me causa extrañeza, siendo de los que piensan, desde hace ya tiempo, que si la experiencia histórica consagra cada vez más la verdad del anarquismo, contrariamente, los movimientos que éste ha inspirado no han dado suficiente resultado, en su conjunto, para trasponer su filosofía y su ideal sobre el plan de la filosofía y de la acción socialista libertaria.

No obstante, estoy convencido de que, en esto aún, nuestros compañeros españoles se hallarán entre los primeros en la necesaria evolución, y que ellos llevarán a efecto nuevos combates y nuevas victorias.

ERNESTAN.

Bruselas.

He visitado España en tres ocasiones distintas. El último viaje que hice a este país, tan pintoresco y rico en obras de arte, cuyos habitantes acogen tan amablemente a los extranjeros, fué en el 1936. No podía suponer que, poco tiempo después de mi regreso, estallara una revolución sin precedentes en la historia del pueblo español. Algo, sin embargo, la hacía presentir. Los compañeros libertarios, con quienes tuve la satisfacción de entablar relación en Barcelona, San Sebastián, etc., me habían manifestado sus inquietudes, sus ansias de libertad efectiva, libertad espiritual y material,

que impidiera hacer del individuo un autómatas a merced de las fuerzas retroactivas: la iglesia, el Estado, la autoridad y la política, obstáculos todos puestos a la libre expansión del ser humano que aspira a la vida libre integral, moral y materialmente hablando. Pero, desgraciadamente, este bello sueño no se pudo realizar, como tampoco se realizó en Francia. En 1936, cuando el Frente Popular, traicionando el ideal que pretendía sustentar, cayó en el partidismo.

Para que un francés, aun siendo libertario, pueda aportar un juicio sobre los acontecimientos que se desarrollaron en España en julio de 1936, y sucesivos, precisaría que poseyera, por lo menos, una información concreta, de fuente fidedigna, y no vagos relatos, más o menos fantásticos, de lo acontecido durante dicho período.

¿Cómo es posible juzgar de lejos, después de 16 años, y sin haberlos vivido, acontecimientos de tanta importancia? Todo lo que se ha conocido y lo que todo el mundo sabe hoy, frente al panorama de la España actual, es que este movimiento, que debía ser liberador, ha fracasado lastimosamente. ¿Cómo y por qué? Por falta de coordinación, tal vez entre los militantes libertarios, y lo que deriva de todas las revoluciones: excesos, violencias, divisiones de partido, militarismo y autoritarismo, reapareciendo en esta ocasión un conjunto disperso que no podía conducir más que al confusiónismo y al desorden. Por otra parte, la educación de los compañeros no estaba formada en el punto de mira individualista que consiste, ante todo, en saber dominarse y conocer la finalidad que se persigue.

Hay que tener también en cuenta, que los compañeros libertarios, cuyos representantes ocupaban cargos y formaban parte del Gobierno, no fueron apoyados por Inglaterra, a quien pidieron ayuda. Se les contestó que moralmente estaban a su lado, pero que políticamente se hallaban al lado del antiguo régimen. Por consiguiente, hubo defecto de organización y falta de ayuda. He aquí las principales causas del fracaso de la revolución del 1936.

Existen, realmente, aspectos interesantes en este movimiento, teniendo en cuenta que hay siempre, entre los revolucionarios, hombres cuya conciencia está por encima de toda sospecha, que son absolutamente sinceros, y que participaron a una revolución, no con la finalidad de obtener puestos de mando, sino obedeciendo a un ideal desinteresado, en donde lo bello, lo bueno y lo verdadero se asocian para una vida mejor.

GERARD DE LACAZE-DUTHIERS.

Paris.



Variantes del Romanticismo

ESPAÑOL

El día 7 de junio de 1952, a las nueve de la noche, dió Felipe Alaiz, una conferencia en el anfiteatro Edgar-Quinet de la Sorbona, desarrollando el tema titular. He aquí el texto taquigráfico de la conferencia:

ANTITESIS CHATEAUBRIAND-TOLSTOI



AY un episodio que podríamos suponer llamativo en extremo para comprender la vida llamativamente tormentosa de Chateaubriand. Episodio rápido por cierto, pero bien notado y anotado. Aunque se deslizara a hurtadillas entre la fronda de las «Memorias de ultratumba», califica una de las variantes primordiales del Romanticismo literario de tipo ostentoso y suspirante. Reconstruyamos brevemente la escena.

Vive el poeta el apogeo de su fama. Es embajador de Francia en Londres. Se viste de manera rebuscada para enloquecer a las mujeres. Asiduo de tertulias de rango, coquetea con musas y reyes; y no como coquetean los satélites con el astro, sino como coquetea el astro con los satélites. Se tiene por un Apolo, a ratos displicente, a ratos curioso, aunque sin excesiva insistencia. La emoción que puso—un si es o no es apasionada y turbulenta—en «El último abencerraje», debe parecerle un castigo. Nada tiene de particular que minimice los sobresaltos de lo que considera vulgar patetismo. Romántico tan romántico, no está bien que presuma de robusto en la sociedad mundana, que ha de acallar sus exuberancias de buena vida con freno de protocolo.

Peripuesto y gallardo; enamorado con treguas y reposos de glacial desdén; chantre de la Restauración; remodelador del trono y del altar; ídolo que fué en el salón de madame Recamier, al que asistía para dejarse adorar más que para ser adorado; tutor de monarcas; a los que—más realista que los reyes—decía defender contra ellos mismos, permanece Chateaubriand en ese estado de bienaventurado difícil como los cinco o seis magnates del siglo que se tienen por grandes sin más apuro que aceptar la opinión de los pequeños.

Allí está Chateaubriand no sospechando que un crítico—un verdadero valedor de la crítica—como Brandés derribará la majestad de aquel poeta, constantemente adentrado en un etiquetero cielo de repostería. En el salón británico parece Chateaubriand una estatua en espera de que el escultor acabe el modelado y descubra nuevos rasgos entre las atormentadoras más que atormentadas excelencias del modelo.

Y he aquí que de repente se ve sorprendido Chateaubriand por una dama que se aproxima al poeta, seguramente para cumplimentarle. El continente de la dama parece misterioso. Anda a pasos quedos. El rostro tiene una querencia suavemente solícita. Las manos avanzan expresando un ademán confidencial y suplicante. En la penumbra del salón, la dama se atreve tímidamente a susurrar con deje dramático que quiere ser conmovedor:

—¡Ah, señor embajador! ¡Ah, señor embajador! ¡Cómo se conoce que es usted muy desgraciado!

El embajador romántico se sintió halagado en su más honda, en su más difícil intimidad.

El blandengue occidental que tanto menospreciaba Tolstoi, queda para siempre en esta escena.

¿No podría atribuirse a Chateaubriand, simulador de infortunio, lo opuesto a aquel «dolorido sentir» de nuestro clásico? Y ya más acá del mundo clásico, en la zona picaresca del Romanticismo español, del retardatario ochocentista, ¿no cabría recordar los versos de un poeta de blanda pluma que a veces disparaba como Sagitario astur?

*Vive con la manía
De maldecir de su feliz estrella,
Y cual buen pesimista en teoría,
Le va la vida bien y habla mal de ella.*

IMPRECISION TEMPORAL

El «dolorido sentir» resuelto en hechos, el infortunio aliviado por el trabajo es en la España reciente un excepcional valor romántico, pero desbordante de la cuadrícula oficiosa, propiamente dicha. La cronología del Romanticismo español es insegura, con retrocesos y avances inesperados. Y eso en todas las regiones. Refiriéndonos de momento a Cataluña, hay en aquella tierra un heraldo anunciador del Romanticismo: Manuel de Cabanyes, que sólo vivió 25 años, desde 1808 a 1833. Hay otro romántico anticipado: Juan Arolas, que nació tres años antes que Cabanyes y murió en 1849. Pablo Piferrer no pudo vivir la plenitud romántica, pues murió a los treinta años, en 1848, fecha esta última de la muerte de Jaime Balmes a los 38 años, precisamente cuando iba a nacer Joaquín María Bartrina para topar tempranamente con la muerte a los 30 años, en 1880.

Entre los heraldos precursores del Romanticismo en Cataluña—Cabanyes, Arolas, Piferrer y Balmes—y el epigono de aquel mismo Romanticismo—Bartrina—muertos aquéllos y éste en la primera juventud, vive el apogeo romántico la pleamar: Aribau, Rubió, los Bofarull, Soler, Víctor Balaguer a su manera, Milá y muchos escritores del Renacimiento botánico y floral de las comarcas. Pero en Cabanyes encontramos ya—a pesar de ser un horaciano alabado por Menéndez Pelayo—el sentimiento del paisaje que deja de ser copiado y recortado. En Arolas vemos al tonsurado que vive la tormenta del amor prohibido, de acuerdo con la temática habitual del Romanticismo. En Piferrer, noble

figura de onda extensa, conocedor de Calderón por Schlegel, que advirtió como nadie el fragor romántico anticipado de los clásicos castellanos, vemos veneración humanizada, no catastrófica, por las ruinas, que son elementos indispensables en el paisaje del Romanticismo. Y en Balmes hay un modesto filósofo que fuera del compromiso confesional y de la intervención conciliadora en los pleitos dinásticos tiene fibra de calidad seglar para formalizar una filosofía. Si no es perfecta, puede ser punto de partida por su claridad para camino en sentido romántico siempre insatisfecho, el mismo que hizo a Sunyer Capdevila declarar la guerra al cielo, y a Verdaguer imitar a san Juan de la Cruz y a Maragall apuntalar la vida cotidiana de cara al término medio. Rusiñol, Iglesias y Guimerá, los tres barbudos del Romanticismo expirante en Cataluña con Verdaguer, aún teniendo en cuenta las escapatorias al humor de Rusiñol—humor de entremés y de entretimiento—son figuras preclaras cuando no utilizan su nombre y renombre para valorizar un nacionalismo tan vulgarmente lírico como todos. Bartrina fué la contrafigura del lirismo catalán, como Ixart en otro sentido. Bartrina es un Leopardi satanesco y precisamente en Reus, antesala de un paraíso jovial y despreocupado.

QUINTETO IBERICO

Hay en la vida española reciente, desfallecida por un lado, tensa por otro menos notado, cinco próceres de vena romántica que viven la tragedia española como nadie: Costa, Cajal, Unamuno, Giner y Galdós. Y es de notar que estos cinco maestros del quinteto ibérico, coincidieron a lo largo de sus laboriosas vidas: con el Romanticismo joven, la edad juvenil de todos ellos; con el Romanticismo de transición, la respectiva varonil edad de cada uno; con el declinar romántico, la ancianidad cansada de los cinco, muertos de fatiga.

Y todavía es más digno de notar que las cinco figuras coincidieron apenas entre ellas para faenas concertadas de conjunto. Pero individualmente, cada uno en su zona, tiene promedio capaz de contrapesar con los otros promedios los pánicos de las tinieblas y tal vez llenar ese hueco de un pueblo que se bate románticamente contra lo que no quiere, pero no acierta a determinar con una congruente claridad positivista lo que quiere, mientras sus enemigos saben perfectamente lo que quieren. El despotismo es concreto. La libertad no tiene fórmulas contundentes como el despotismo.

CINCO CONDICIONES DE ACCION

Las cinco figuras reclaman una restauración porque han sido ignoradas o falsificadas, cuando no maltratadas. Y si los historiadores frontales, los oficiosos, facilitones y allegadizos, se contradicen cuando no se copian, los glosadores de aquellos cinco maestros, románticos éstos de pensamiento aunque ajenos al Romanticismo de receta, han llegado incluso a desnaturalizarlos, a veces a fuerza de alabanzas.

Románticos los cinco. No afectados por el Romanticismo suspirante sino por las bases del Romanticismo de acción, que son:

- Primera. Desinterés.
- Segunda. Antipicardía.
- Tercera. Exotismo cordial y acercamiento a la naturaleza.
- Cuarta. Emoción calibrada.
- Quinta. Aversión a la autoridad.

Románticos los cinco. Pero muertos de fatiga después de andar por la vida «ligeros de equipaje» y convencidos como decía Unamuno de que vencer es convencer.

Románticos los cinco. Pero adentrados en la entraña eterna. Su grandeza no consiste en estar por el pueblo sino con el pueblo. Aunque éste no lo sepa, ya lo sabrá. Incluso en

sus equivocaciones, incluso en sus contradicciones y desfallecimientos, aquellas figuras viven la mortal angustia que da derecho a equivocarse alguna vez. Y esto hace resaltar más que nada el bagaje imponente de sus virtudes permanentes y constructivas.

Decía Unamuno que los hombres no deben hablar como libros abiertos, sino al revés, que los libros deben hablar como los hombres. En este rebrote de conciencia está la opinión del que huye del libro porque es un libro abierto, prefabricado con tesis prefabricadas, sin ese aliento humano, sin esa emoción en que Tolstoi hacía consistir el arte. ¿Y no es esa frase una arremetida contra los formulismos románticos, contra el aire helado de cripta del coronel Cadalso, contra los niños mimados y mimadamente geniales como Musset y Espronceda? ¿No cantaba éste, imitando a lord Byron las hazañas de los piratas, mientras aspiraba a entrar en una oficina? Y escribía en su burlesco «Pastor Clasiquino». («El Artista», revista, 1835, volumen primero, página 251):

*Pajiza choza mía,
Yo no te dejaría
Si toda una ciudad me fuera dada...*

«Una choza y un corazón» se decía desde los tiempos de Rousseau, tal vez presintiendo que castigados por ser de cierta manera románticos, millones de seres vivirían en este promedio del siglo XX—llamado de las luces—en chozas sin luz.

COSTUMBRE CONTRA LEY

Los románticos literarios cantaban las ruinas, la soledad, el fastidio, el amor turbulento, las malas pasadas de la ingrata—toda mujer requerida por un romántico tenía que ser ingrata—pero no cantaban lo que más sentían: el himno a los empleos. Afortunadamente, un romántico tan risueño como Mesonero Romanos dió ingeniosamente la fórmula del Romanticismo literario, personificándolo en un llorón que deja de ser romántico al ascender a alférez. No hay bala ni puñal que mate al hombre como el destino, el cargo. Y si el cargo hace al hombre insoportable, es que el cargo es insoportable.

Camino opuesto anduvo el paladín romántico más fiel de fin de siglo: Costa. El cual, notario en Madrid con derecho legal a firmar minutas suculentas, creyó con su eterno culto al esfuerzo puro, que la conciencia le prohibía contundentemente el desparpajo de hacerse millonario, por lo que renunció a la notaría y se retiró a un pueblo de Ribagorza—Graus—a vivir con diez reales diarios en la casa aldeana de una hermana—Martina—prosiguiendo su obra. Lo grande de Costa es substancialmente romántico. Fué él quien demostró que la costumbre es—jurídicamente y de todas maneras—superior a la ley y que hay en España un colectivismo agrario practicado de origen fraternal popular y acordado anterior al doctrinario, a sus cominerías y sutilezas. En el colectivismo y en la costumbre contra la ley, está la médula del Costa romántico.

LA VIDA EN EL CEMENTERIO

De Cajal ¿qué podríamos decir que no haya dicho él mismo en sus Memorias, probablemente las más expresivas, las más humanas que se han escrito? Ningún libro tan apropiado para desenvolver, para desempolvar la personalidad que potencialmente hay en todo ser. Mientras la necrofilia romántica formularia poblaba los cementerios para recitar misas de Requiem, asaltaba Cajal el cementerio, se hacía con piezas anatómicas y mejoraba las mediocres prácticas de disección de la Universidad.

Le aconsejaba y acompañaba su padre. En noches sin

luna saltaban los dos la tapia del cementerio en plena época romántica. El Código podía calificar aquel acto de profanación de sepulturas, pero nuestro gran saltatapias iba siguiendo con tozudez el camino que le llevaría a merecer el premio Nobel, y que igual hubiera seguido sin premio.

Diferencia estelar entre aquel fervor y este grabado que reproducimos procedente del Romanticismo consabido: «Un claro de luna; un lago que refleja en la superficie la cestería del lejano monumento ojalá; cruces, tumbas, una columna quebrada y un joven melencólico soñando.» Cajal asaltaba el cementerio por afán de saber anatomía. El afán le llevaría a ser uno de los primeros vigías del mundo nervioso. Todo lo cual tiene más poesía y más emoción que las columnas rotas y los melencólicos llorones.

AGONIA DEL CRISTIANISMO

Unamuno era un apasionado impenitente como romántico poco huero. Su españolismo no tenía nada de festero. Era todo él intimidad y dolor, sobresalto y angustia. Los vascos no le entendían porque era excesivamente sulfuroso y los españolistas tampoco le entendían porque era demasiado bilbaíno. ¿Sobrera preocupación religiosa de apetencias inconfesadas luteranas? Tal vez. ¿Luteranas o agustinianas? Sus abundantes alusiones al obispo de Hipona, al africano san Agustín y a otros africanos como antítesis de los europeos, le daban relieve para escribir su «Agonía del cristianismo» que tiene atisbos geniales, siendo lástima que haya muchos más seres geniales que desconocen esa obra y las restantes de Unamuno que los que la conocen, que no son todos los que la han leído. Es lástima igualmente que los valores trascendentales tengan apreciadores o gustadores en minoría sumamente limitada, lo que no sólo desvaloriza la obra por la poca expansión que alcanza, sino que al reducirse el número de sus conocedores, no mucho más elevado que el de sus incondicionales, se taponan el libre juego de sugerencias y de insinuaciones que quedarían prendidas a la múltiple fertilidad mental si existiera número crecido de lectores.

Unamuno hubiera podido ser más útil si no se hubiera creído profeta en un país que por romántico vital, no creyó jamás en ningún profeta, en ningún poeta, en ningún futurista, en ningún reformador, en ningún tribuno. En el fondo de Unamuno hay un quisquilloso individualista. No podemos certificar que lo fuera por generación espontánea. Lo que podemos aventurar con cierta garantía es que su individualismo era excesivamente sobresaltado, excesivamente dramático y agónico. Pero la mucha médula de su prosa, tan rica en flancos y en interiores, se producía en una España donde no se lee. Otra España de medianas luces, no exagerada como la oficiosa ni inapetente como la aislada, hubiera apartado de sí muchos libros de autores famosos, pero no dejaría de gustar los de Unamuno. No para refinarse precisamente, sino para advertir que el refinamiento puede ser de infinitas categorías, pero que no puede alternar con insuficiencias elementales, por lo que es preciso acometer las novedades de fondo en España a base de cierta acritud igualitaria, para que el español químicamente puro y acre no crea que se burlan de él. Acostumbrado como está a que todos lo tomen a chacota interpreta la cordialidad como chanza pesada. La erudición, aunque no esté deshumanizada, la considera broma de mal gusto. De todas maneras aquello que decía Unamuno de los cristeros castizos que quieren imponer a Cristo a cristazo limpio, es entendido por todos. Y en la frase dedicada por Unamuno a los técnicos «¡Quiéntenlos!» hay una rebeldía de cuáquero relamido.

ESTOICISMO DE LOS KRAUSISTAS

En cuanto a Giner, compañero más que discípulo de Sanz del Río—o bien digno de ambos calificativos en lo que tie-

nen de no contradictorios—fue señaladamente romántico en la tarea de propagar un estoicismo muy nivelado y de raíz moral pedagógica. Fueran cuales fueran los motivos—más bien pretextos—de la escuela krausista, latía en el fondo una emoción estoica irrefrenable contra el Estado palurdo y contra Camacho el Rico como se vió en la represión contra los profesores.

Tenía el grupo krausista preocupaciones estéticas de altura, que culminaron en el libro magistral de Cossío sobre el Greco, tal vez el análisis más emocional, meditado y re-meditado para pensar en una posible energética española de arranque artístico y de substanciales valores románticos, es decir, fuera de tarifa.

CONTRA LA CABILA SIN EVOLUCION

Galdós es el romántico sin distrito ideal, sin más disciplina que su liberalismo, tan humanizado. Bosqueja los tristes destinos de la España frontalmente romántica, asimilista y vociferante, para ofrecerlos al mundo con un regusto de indulgencia, bien ajeno por cierto al clima desapacible y adusto, creador de las contiendas políticas más que presenciado por éstas. Hay un Romanticismo de cábila en España que han azuzado siempre Gedeón y sus compadres.

Galdós es la conciencia un tanto encogida y otro tanto ingenua, pero pulcra y veraz. No piensa con Larra: «En España, escribir es llorar», sino que afirma con Giner: «Lo más revolucionario que puede darse en España es tener buen gusto», y esta otra sugerencia del mismo Giner: «Cada día más revolucionarios y cada día con la camisa más limpia».

CRUCE DE SANGRES

Hemos señalado el contraste entre las dos variantes fundamentales del Romanticismo, que puede presentarse en primer término como un libro sin hechos—literatura romántica—y como un hecho o conjunto de hechos, sin libro o con libro.

Vamos a bosquejar ciertos aspectos del Romanticismo de fusión por efusión en el fenómeno del cruce de razas que determinó secularmente la existencia de valores de desinterés, antipicardía, exotismo cordial, emoción calibrada y aversión a la autoridad, fundamentos del Romanticismo fuera de toda época y presente en todas, aunque más visible en algunas. Anotemos ordenadamente:

1.º La identificación del lejano Oriente con una zona territorial ibérica en cuanto a los rasgos antropológicos patentes por cruce de razas. La lejanía, lo exótico, alienta en el sentimiento romántico. Es como su imán.

2.º El cruce de sangres viene a ser en definitiva un problema biológico, resuelto mediante la efusión de tipo romántico puro.

3.º Moros y cristianos en la Reconquista, históricamente desmentida por los hechos como antítesis o bien equiparable a las peleas pasajeras entre españoles banderizos pretendidamente románticos.

4.º Mundo orientalista y mundo oriental con sus desemejanzas y contrastes a través de la categoría romántica.

5.º Romanticismo es también, antipicardía.

PLENITUD: RECLUS

Lo lejano congruente con la pasión sociable—desinterés, antipicardía, exotismo cordial por acercamiento, emoción calibrada o nivelada y aversión a la autoridad—es el internacionalismo opuesto al colonialismo. El colonialismo es una continuación de la Edad Media como reacción contra las ciencias del descubrimiento de tierras nuevas y una posición contabilizada de brazos gratuitos en el esclavismo contra la justicia y la moral.

Ni siquiera podemos aceptar en el orden misional la actividad de Livingstone, mucho menos el rifle criminal de Stanley. Tampoco aceptamos lo que en el colonialismo de un Junipero Serra en California, de Francisco Javier en Oriente o de los tonsurados de América hay de captación de tipo mágico. Creemos que la emancipación de las gentes de color de la tiranía blanca, que toma a veces formas tan suaves refinadamente hipócritas, ha de ser obra de las gentes de color en primer lugar, con ayuda de otras voluntades románticas, curadas de codicia y aptas para el buen ejemplo. Si un hombre de color cree en la magia, no se le puede curar con otra magia.

Hubo en España una pluma de temple romántico que se adelantó diez años a Beecher Stove y a su «Cabaña del tío Tom»: la pluma de Gertrudis Gómez de Avellaneda. Era cubana de abolengo y vivió en la España esclavista de Isabel II, aunque se sintió identificada con la causa de los negros y escribió una novela «Sab» publicada en 1841 contra la esclavitud. La obra encontró muchas dificultades de expansión, incluso rigor prohibitivo. Tiene el fragor romántico que hay en el amor imposible del protagonista, alta figura de grandeza moral.

El hombre natural, la virtud nativa malograda por los vicios de la sociedad, todas las consignas de Rousseau figuran en las obras románticas. Lo medular ya quedó demostrado por la pluma magistral de Eliseo Reclus y por su dinastía de geógrafos con tan altos valores condensados en medio siglo de rendimiento desde que Eliseo entró en años de mocedad, hacia 1855, pues había nacido en 1830.

La obra reclusiana es de plenitud y típicamente romántica y dentro del género modelica. Puebla el ámbito geográfico de elementos humanos y hace el allegamiento indisoluble, adelantándose a las ciencias de la naturaleza y a las variedades de la Antropología. Reclus mejora y supera infinitamente a Rousseau. Su vida se desarrolla a lo largo de la época romántica típica, desde 1830 a 1905. En realidad, el Romanticismo se prolongó hasta la primera guerra grande.

La fusión de razas fué en Reclus una convicción probada al unirse a una mujer de color (mestiza) y tener con ella dos hijas. Este antecedente nos lleva a analizar el exotismo, no como decoración sino como fusión por efusión de razas distantes en el espacio, no en la determinación voluntariosa de completarse y estimarse, no de enfrentarse, oponerse y explotarse.

ORIENTE

Año 1934. Llega al puerto de Barcelona un crucero japonés. Como ocurre en casos semejantes, el comandante del crucero invita a las autoridades, Recepción y banquete. Acude a bordo del crucero el presidente de la Generalidad con su secretario y algunos consejeros.

El secretario habla correctamente el inglés. Puede prestarse y se presta de buena gana a ser intérprete benévolo de la recepción. De no haber enlace idiomático entre las autoridades y la oficialidad del crucero, no hubieran tenido más remedio todos que entenderse por señas.

El banquete tiene curso solemne, con mutismos obligados, un tanto penosos. Pero a los postres, aquel pequeño mundo de políticos y demócratas y marinos imperiales, se anima cordialmente.

Un oficial recuerda sus prolongadas estancias en Filipinas y puede expresarse (sin excesivos tropiezos) en un castellano preventivo, en un castellano que podríamos llamar de urgencia con acento malayo.

Asisten señoras, y entre éstas la esposa del secretario, mujer de espléndida belleza por cierto. La cual se ve muy obsequiada y agasajada por los menudos y galantes marinos. Como todas las galanterías pasan por la Aduana del marido, aunque son de correcta y discreta circulación las

lisonjas, el consorte de la bella señora y a la vez intérprete de la recepción, aparece en ciertos momentos abrumado y como burlado.

Toma entonces la palabra un oficial joven—con la venia del comandante—y se permite decir en impecable inglés, ese inglés que hablan los navegantes del Sol Naciente con inflexiones mucho más risueñas que las del inglés colonial:

—Discúlpenos el digno secretario del honorable presidente de la Generalidad por esta especie de bloqueo de admiración que los oficiales de su majestad imperial rendimos a la belleza asiática de su señora.

Al oír la traducción de estas palabras, que en la angostura de la etiqueta suenan como detonaciones, todos los japoneses se inclinan bosquejando un leve gesto reverencial, mientras el público protocolario que en la recepción representa a Occidente, permanece en esa actitud de complacencia forzada y deferencia amargamente jovial a que obliga la solemnidad de ciertos momentos.

El marido de la bella dama, el que a la vez es intérprete y secretario de la autoridad occidental más destacada, queda correctamente electrocutado. La bella dama no puede ocultar su desasosiego. A bordo del crucero japonés, el microcosmos occidental aparece un poco deprimido.

El joven oficial se cree en el caso de restablecer la normalidad:

—Insisto—dice—en pedir disculpa por nuestras oficiosidades, que han podido por unos momentos parecer intempestivas, pero la dama lo merece todo porque es de nuestra raza. Sus ojos de almendra, sus pómulos un poco salientes... y en fin... su manera de ser no es habitual del Mediterráneo, sino de la costa vasca.

Todo aquel concurso de Oriente y Occidente fija con curiosidad la mirada en la dama. Y es en aquel minuto culminante cuando aparece en el rostro de ella la mirada oblicua tan clara como la de un ídolo del Pacífico. Incluso el marido cree ver en su consorte una mujer nueva, huidiza del mundo oblicuo, pero oblicua.

La reunión se disuelve alegremente, comentando todos el secreto recién descubierto. La dama era originaria, en efecto, del País Vasco, cuyos habitantes, aún hoy, muestran en un 75 por 100 su origen común con el mundo oriental en la comba Cáucaso-Pacífico.

¿INSTINTO ANCESTRAL?

Dos tonsurados de renombre, vascos los dos, sienten la atracción del Oriente distante. Uno es Francisco Javier, otro Ignacio de Loyola. Javier va al Japón. Loyola se siente atraído por el inmovilismo indostánico. ¿Instinto ancestral? Tal vez. Asia es un inmenso crisol que destila religiones. Todas las de Occidente salieron de allí. Loyola adoptó para sus Ejercicios el ensimismamiento gradual, como prescribe la magia indostánica. Loyola tiene rasgos asiáticos, Javier los tiene también, como Bolívar, como Unamuno, como Iparraguirre. Todos oblicuos. Baroja parece un mongol.

VIENA-AMSTERDAM-VERNET-PIRINEOS

Año 1932. Llega a España huyendo de los nazis la escritora vienesa Etta Federn. Hebrea de raza, se refugia en España. Es hermana del profesor Federn, discípulo de Freud, como Adler y Jung. Visita Etta Federn conmigo los hogares judíos de España: Gerona, que es una sinagoga derribada; Toledo, con su templo eternamente mosaico; Valencia, con restos de sinagoga adheridos a la catedral; Sevilla, Barcelona...

—¡Nunca vi tantos tipos judíos como en España!—confiesa Etta Federn—. Ni en Vilna, ni en Varsovia...

El profesor Coll, que estuvo cierto tiempo en Amsterdam dando lecciones de idioma español a las hijas de diamantistas millonarios, me confió que rodeado en Holanda de jóvenes hebreas—Judith, Rebeca, etc.—se creía en Gerona. Los mismos tipos, el mismo carácter, sin más diferencia que la de educación externa.

En el campo de Vernet d'Ariège, al pie de los primeros contrafuertes del Pirineo, donde estuve internado en la época de Vichy, había un centenar de judíos, en bastante número de Salónica, ciudad turca antes de los tratados de 1918, griega después, hebrea siempre. Los judíos de Salónica hablaban un español cervantesco, incluso entre ellos. Uno se hacía llamar «Pamplonica» porque en Pamplona había vivido muchos años. Abundaban apellidos como Béjar, Utrera y Carmona. Tipos de acusados rasgos ibéricos, cantaban esta letrilla:

*Perdimos la bella Sión
También perdimos España,
Tierra de consolación.*

Los amistosos encontronazos entre españoles de tipo beber y bereberes de tipo español en Francia es tan frecuente, que por darse de manera general dispensa toda insistencia. Baste apuntar el caso, repetido en todas las regiones de Francia, donde hay censo norteafricano, especialmente argelino o marroquí.

UN FRITZ DE ARAGON

En plena ocupación alemana de Francia, es detenido por los alemanes, en cierta *ferme* del Midi un español refugiado de procedencia aragonesa pero de apariencia germánica: cráneo angulado tirando a braquicéfalo, rubio, ojos azules, estatura aventajada, el tipo ario según Rosenberg.

El español en cuestión puede salvarse escapando a un departamento distinto y distante. Pero allí es detenido nuevamente por los alemanes, que consideran al español uno de los suyos, aunque refractario, tal vez espía.

La primera diligencia en casos parecidos, ya se sabe que es el interrogatorio para establecer la filiación:

—No soy alemán—dice el español en francés.

—Usted es alemán—insisten los alemanes en alemán—. ¿Cómo se llama?—acceden a preguntar en francés.

—Sender.

Este término lo emplean los alemanes en el reverso de los sobres de correspondencia, como los franceses usan la etiqueta de *expéditeur* y los españoles la de *remitente*.

A los legionarios de Hitler les parece que aquel prisionero es un escapado de sus filas. Saben que hay desertores del ejército alemán que nacieron en la Argentina hijos de padre y madre alemanes, los cuales vieron incorporados los retoños a las tropas de Hitler al coincidir la estancia de los hijos en Alemania en período de vacaciones con el principio de la guerra.

El español sospechoso de alemán en Francia y resistente contra la ocupación alemana logra escapar por segunda vez, poniendo en juego las virtudes agitanadas del español, que son las huidizas.

En realidad, el supuesto Fritz era descendiente de un soldado de Napoleón, quien como protector de la Confederación del Rhin tenía en sus filas muchos germanos, como tenía lombardos y napolitanos. El mismo Napoleón—según explica Thiers—se lo recordaba ladinamente a Metternich, haciéndole ver que hacía la guerra con el menos posible derrame de sangre francesa. Al dispersarse en España las tropas de Napoleón, quedaron muchos combatientes que no tenían hogar en ninguna parte o lo tenían olvidado.

Sin naturalizarse al cesar las hostilidades, pronto fueron naturalizados por el clima y la tierra acogedora además de estimular simpatías como escarmentados en el elemento español popular, que no aspiraba a represalias ni indemnizaciones. Españoles y franceses, cansados todos de guerras, se confundían en el trabajo y vivían en paz sin necesidad de firmarla. Mucho antes de recibir los combatientes de Napoleón orden de retirada, orden la mayor parte de las veces impracticable, reivindicaban sus oficios abandonados y convivían en paz con los españoles antes de que los gobernantes se tuvieron por vencedores. El 5 por 100 de los apellidos actuales de la España fértil, proceden de soldados de Napoleón aclimatados al país que fué escenario de guerra.

Felipe ALAIZ

(Concluirá en el próximo número).



ANARQUISMO CONSTRUCTIVO (1)



HOY, a más de treinta años de distancia de la revolución rusa, aquel gran acontecimiento y el movimiento que le precedió, tiende corrientemente a ser confundido con el régimen comunista que creció con su destrucción. De hecho, durante el dinámico período de la revolución, y aun en los años anteriores, había un importante plantel de militantes libertarios en pleno trabajo. El hecho de que los bolcheviques viéranse forzados, para apoderarse del Poder, a emplear consignas tales como la de «las fábricas para los trabajadores; la tierra para los campesinos», pretendiendo inclusive llevarlas a la práctica, demuestra que las ideas libertarias habían penetrado en la mente del hombre común de las ciudades y de los campos.

Aunque los anarquistas eran inferiores numéricamente respecto a los demás grupos revolucionarios (pero más numerosos en Rusia que en otras partes, excepto en los países latinos), su influencia alcanzaba más allá de sus propios círculos, y sus militantes influían mucho y eran respetados entre los obreros industriales y entre los campesinos, y jugaron un importante papel en la lucha por preservar la genuina revolución en la Rusia de aquel tiempo.

Gregori Petrovich Maximoff, fué uno de los más conocidos y activos anarquistas rusos de aquel período. No fué solamente un teórico y un prolífico escritor, sino que también un militante que tuvo una activa y directa intervención en las varias fases de la lucha revolucionaria.

Nació Maximoff en el pueblo de Mithusino, provincia de Smolensko, el 10 de noviembre de 1893. Ingresó, más bien por voluntad de sus padres, en el seminario teológico de Vladimir, pero como muchos jóvenes de aquellos tiempos de fermentación intelectual, Maximoff decidió muy pronto el cambio de la religión por la ciencia. Completó sus estudios en el seminario, renunciando, no obstante, al año final preparatorio de su investidura sacerdotal. Maximoff se dirigió a San Petersburgo, ingresando allí en el instituto agrícola. En 1915 quedó convertido en agrónomo calificado.

Los institutos y universidades de la prerrevolución se hallaban impregnados de influencias religiosas. Maximoff se rebeló muy pronto contra la tiranía política y económica. Estudió los programas y publicaciones de los diversos grupos revolucionarios existentes en Rusia sin encontrar satisfacción para las ideas que habían ido formándose en su propia mente hasta caer sobre la pista de Bakunin y Kropotkin. Fué en estos trabajos que encontró la respuesta a sus inquietudes, y siendo aún estudiante, convirtiéndose en anarquista.

No se contentó Maximoff en ser meramente un acumulador pasivo de sus convicciones. A partir de 1912 quedó convertido en un activo propagandista anarquista, no solamente para sus colegas universitarios, sino que también para los campesinos de los distritos rurales vecinos. Sus conocimientos técnicos le ayudaron a comprender las dificultades sociales y económicas que gravitaban en forma aplastante sobre las masas campesinas de la Rusia zarista.

El acontecimiento de la primera guerra mundial le ofreció un nuevo campo de actividades. Desde el principio vió en aquella guerra una lucha imperialista llamada a desviar la atención de la clase obrera y de sus verdaderos intere-

ses, y comprendió la necesidad de emprender una campaña antiguerrera entre los movilizados descontentos. No transcurrió mucho tiempo en pasar del aula a la conscripción cuartelera. En aquellos tiempos, los reclutas dotados de una cierta instrucción ingresaban en escuelas especiales para la preparación de oficiales. Maximoff resolvió permanecer entre la masa común de los soldados y empleó todos los medios posibles para esquivar su promoción a la oficialidad.

Dos años después, en 1917, la revolución rusa, por la cual tantas generaciones rebeldes habían luchado y sufrido desde las jornadas decembristas, se convirtió en una realidad. El zarismo fué derribado. Inicióse el período de grandes esperanzas. La sociedad autoritaria fué sacudida en sus cimientos. Maximoff se hallaba entonces en San Petersburgo, y tuvo allí una activa participación en los acontecimientos que hundieron definitivamente el antiguo régimen. Más tarde, en 1918, lo encontramos en Moscú convertido en uno de los editores del periódico anarquista «Golos Truda»; más tarde, de su sucesor «Novy Golos Truda».

Desde el comienzo tuvo una clara intuición sobre la gran importancia de las organizaciones económicas de los trabajadores. En aquel tiempo pudo ya considerarse como un anarcosindicalista. En consecuencia, se convirtió en uno de los más importantes militantes revolucionarios de los sindicatos, en San Petersburgo como en Moscú, trabajando arduamente por el establecimiento de la unidad sindical.

En octubre de 1917, los bolcheviques asaltaron el Poder. Las risueñas esperanzas de los primeros días de la revolución empezaron a desvanecerse a medida que fueron aquellos introduciendo sus métodos dictatoriales (disfrazados de Dictadura del Proletariado): la policía rural y la progresiva supresión de derechos y libertades humanas. Los nuevos dirigentes empezaban pronto a arremeter contra los otros partidos políticos, contra los movimientos genuinamente revolucionarios y contra los mismos obreros y campesinos por sus intentos espontáneos de preservación y extensión de las conquistas revolucionarias. La violenta represión contra los marinos de Kronstadt fué la señal para la abierta aplicación de una tiranía que había sido desde largo tiempo madurada en secreto. Los anarquistas figuraron entre las primeras víctimas de la nueva opresión.

Maximoff fué encarcelado seis veces, desde 1918 a 1921. En Kharkov, en 1919, ingresó en el ejército rojo para luchar contra las fuerzas contrarrevolucionarias. Enemigo del empleo del ejército rojo como arma represiva contra los obreros y campesinos, en cierta ocasión hizo constar claramente su negativa a participar en esta clase de actividades. Los periódicos conteniendo artículos sobre estos atropellos, firmados por Maximoff, llegaron pronto a los nuevos jefes militares, siendo aquél arrestado y condenado a muerte. Los obreros metalúrgicos protestaron vehementemente contra la sentencia, consiguiendo esta vez salvarle la vida. Pero no pudieron preservarle contra futuras persecuciones.

(1) «Constructive Anarchism», por G. P. Maximoff. Maximoff Memorial Publication Committee, 2.422 N. Halsted Street, Chicago 14, Illinois (U.S.A.), 152 páginas de lectura. 2.50 dólares.

Su último encarcelamiento ocurrió en el mes de marzo de 1921, durante la rebelión de Kronstadt. En esta ocasión, junto con otros anarquistas, ingresó en la prisión moscovita de Taganka. A los cuatro meses de encarcelamiento, los detenidos declararon la huelga del hambre en protesta por la arbitrariedad de que eran objeto. Por aquel tiempo la Internacional Sindical Roja celebró uno de sus primeros congresos en Moscú. Asistieron al congreso muchos delegados anarcosindicalistas de Europa occidental que iban con el especial propósito de informarse sobre lo ocurrido en Rusia. Por su parte, los bolcheviques abrigaban la esperanza de poder incorporarlos en la Internacional Comunista. Estos delegados extranjeros enteráronse de la situación de los anarquistas rusos encarcelados y pidieron inmediatamente su liberación. Los comunistas, fuertemente embarazados por una situación que venía a comprometer sus cálculos, resolvieron deportar a Maximoff y a sus compañeros de prisión. Fué la primera deportación de ciudadanos rusos por el gobierno bolchevique. Más tarde, otros dos grupos fueron expulsados del país: uno compuesto por hombres de ciencia, y el tercero por mencheviques.

La expulsión de anarquistas del propio país—reviviscencia de una vieja costumbre de los déspotas medioevales, desconocida desde hacía muchos años en el mundo civilizado—empezó en diciembre de 1921 y terminó en enero de 1922, cuando Maximoff y sus compañeros fueron obligados a montar en el tren que debía conducirlos a Stettin. Después de muchas dificultades, debido a que las autoridades bolcheviques habíanles dotado de falsos pasaportes, pertenecientes a prisioneros de guerra checos repatriados, los deportados llegaron a Berlín.

El movimiento anarcosindicalista alemán estaba entonces en su cenit. Fué en Berlín que tuvo lugar el congreso constitutivo de la Internacional anarcosindicalista conocida con el nombre de Asociación Internacional de los Trabajadores, de la cual Maximoff fué devoto propulsor. En el mismo Berlín se organizó un movimiento anarcosindicalista entre los rusos exilados, y Maximoff fué nombrado director del periódico de la organización «Rabotchi Put». Publicó también entonces dos de sus primeros panfletos; el primero, titulado «A modo de programa», era un análisis sobre dos congresos anarcosindicalistas celebrados en Rusia; el segundo, era un resumen de sus propias vicisitudes y las de sus compañeros. Llevaba por título «Por qué y cómo los bolcheviques deportan a los anarquistas». Ambos panfletos estaban impresos en idioma ruso y no han sido traducidos todavía.

Hacia el fin de 1924, después de cerca de tres años de residencia en Berlín, Maximoff se dirigió a París. Desde allí, en 1915, emigró hacia los Estados Unidos. Fijó su residencia en Chicago. Con los años se desvanecieron sus esperanzas sobre una nueva revolución que permitiese su retorno a Rusia. Pero no decreció su trabajo por la causa anarquista. Ganaba su sustento en el oficio de empapelador y empleaba el tiempo libre en las labores de propaganda, destinada especialmente a la Prensa. En 1925 empezó a dirigir el «Colos Truzhenika», y más tarde, cuando cesó éste de publicarse, dirigió el «Dielo Truda Probuixhdenie» hasta el fin de sus días. Colaboraba también en el «Fraie Arbeiter Stimme» y en otros muchos periódicos anarquistas. Escribió un importante número de libros.

Entre estos libros figuran los dos únicos trabajos de su pluma aparecidos en inglés. El primero, «El bolchevismo: promesas y realidades», es un conciso pero agudo análisis de las actividades del partido comunista ruso. Apareció en Glasgow en 1935 y fué reimprimido en 1937. El segundo,

«The guillotine at work», es una extensa e interesante colección de documentos (más de 600 páginas) reveladores del terrorismo bolchevique contra los grupos revolucionarios rusos. Fué publicado en Chicago en 1940. Se prepara actualmente una edición en idioma sueco.

Entre los escritos de Maximoff publicados en ruso durante su permanencia en los Estados Unidos (no traducidos todavía al inglés), figuran «Conversaciones con Bakunin acerca de la revolución» (1934) y el libro sobre «Kropotkin y sus enseñanzas» (1931). Su último libro es una colección, excepcionalmente interesante, de ensayos y recuerdos sobre Kropotkin por sus amigos y conocidos, el cual arroja mucha luz sobre la vida y carácter del gran revolucionario.

Los dos trabajos incluidos en el presente volumen: «Mi credo» y «El anarquismo constructivo», fueron escritos ambos en los Estados Unidos, el primero en 1923 (fué publicado por primera vez en ruso) y el segundo, en 1927. «Mi credo» define en forma concisa la aguda filosofía social del autor; una filosofía que revela la poderosa influencia del pensamiento bakuniano. «El anarquismo constructivo» evoca las discusiones producidas durante muchos años entre los varios grupos de anarquistas rusos exilados, y es una especie de esbozo de una sociedad anarquista practicable. En este trabajo, la concepción de Maximoff sobre la virtud valledera del anarcosindicalismo es a la vez un medio de lucha y un método constructivo. El fondo histórico sobre el que estos trabajos fueron concebidos ha cambiado (al menos en apariencia) desde que fueron escritos, pero las cuestiones planteadas son todavía pertinentes y de urgencia. Ambos trabajos muestran la tendencia característica de Maximoff hacia las realidades concretas y su permanente sentido de la necesidad de unir, en el desarrollo del pensamiento anarquista, la teoría con la práctica.

Dos años de su vida fueron dedicados completamente a la preparación de una extensa selección de los escritos de Bakunin, clasificados al objeto de presentar sus ideas en los varios aspectos y en forma clara y sistemática. Este trabajo de recopilación fué completado en 1923, pero Maximoff no tuvo nunca tiempo para terminar el extenso ensayo sobre Bakunin, con el que pensaba prologar el libro. Espero que esta recopilación será publicada en un próximo futuro bajo el título de «Anarquismo científico: Exposición sistemática del pensamiento de Bakunin».

Maximoff murió repentinamente, el 16 de marzo de 1950, de un ataque cardíaco. Como el mejor resumen de su personalidad, transcribimos a continuación la descripción de sus cualidades hecha por el que ha sido su amigo y compañero por más de un cuarto de siglo: Rudolf Rocker.

«Maximoff fué un hombre íntegro en el que la claridad de pensamiento y ardor de sentimientos concurrían de una manera perfecta. Para él, el anarquismo no era trasunto de cosas por venir, sino el «leitmotif» de su propia vida, que jugó una gran parte en todas sus actividades. Poseía igualmente una comprensión humana para las concepciones que no eran las propias, siempre que estuviera convencido de que estas creencias estaban inspiradas por la buena voluntad y por una profunda convicción. Su tolerancia era tan grande como sus fraternales sentimientos para cuantos le rodeaban. Vivió como un anarquista, ya no sólo por deber, sino porque no podía proceder de otra manera. Su íntima naturaleza le impulsaba siempre a obrar tal como sentía y pensaba».

Georges WOODCOCK

(Trad. de J. Peirats).

EL ARTE EN LA EVOLUCION DEL HOMBRE

IMAGENES DEL NIÑO

(FINAL)



COMO las investigaciones de Piaget, Bühler y Koffka han demostrado, no hay duda que las más tempranas etapas en el desarrollo de la memoria del niño toma ésta la forma de una revivida experiencia. La memoria envuelve una reacción sensacional para el niño, llegando a ser más débil con la madurez del cerebro. Debemos tener presente también que para el niño, así como para el hombre primitivo, no hay conocimiento estable aparte del objeto o el acontecimiento: hay completa «participación». Creo que debemos deducir por ende, en base a la muy considerable investigación que se ha hecho sobre este problema, que la realización plástica de esta percepción óptica, la fantasía no fué una experiencia bulliciosa para el hombre prehistórico; fué una tremenda empresa, no para ser aprendida a medias. Pero cuando la imagen objetiva había sido captada, entonces sirvió como una ampliación de la experiencia, no sólo en el sentido de que la experiencia podía ser repetida una y otra vez hasta que por familiaridad se creaba una distancia, sino también en el sentido de que dos o más experimentos podían combinarse simultáneamente, y conscientemente, y con creciente consciencia, compararse. La función de la memoria llega entonces a ser bien comprensible. Es el medio por el cual el niño y el hombre primitivo, y posiblemente el hombre prehistórico, se forman una concepción racional de su medio ambiente, y por el reconocimiento de esta evocada y comprendida concepción, es capaz de establecer los rudimentos del entendimiento. No hay duda que el hombre paleolítico había elaborado, a través de millones de años, una técnica de caza, justamente como el lobo o la araña tienen su técnica. Pero las técnicas de los animales son instintivas—reflejos encadenados—y aunque el hombre posee un componente instintivo en su modo de ser, su distinción está en que él ha desarrollado otra facultad, la cual llamamos inteligencia, y en virtud de esta inteligencia ha sido capaz de sobrevivir. El *Homo Neanderthalensis* aprendió a pensar y de este modo llegó a ser *homo sapiens*. Es posible concebir esta evolutiva transición en un sentido que no envuelve la facultad estética, es decir, la habilidad de proyectar y comparar (componer) imágenes de la percepción óptica, las cuales entonces llegan a ser imágenes de la memoria, y mucho más tarde, en la evolución humana, conceptos intelectuales.

Con tal hipótesis no es difícil de comprender la concentración sobre el conjunto de imágenes de animales. Las más vividas imágenes son aquellas que acompañan las experiencias más intensas, y no cabe duda que las experiencias más intensas del hombre paleolítico estuvieron, la mayoría, relacionadas con la caza de animales.

Ahora debemos dejar la edad de piedra y la edad de la inocencia y enfocar la evolución humana en un sentido

más amplio. ¿Podemos demostrar que la facultad estética, la habilidad de dar a la fantasía de la imaginación las formas concretas del arte ha jugado una parte decisiva en la posterior evolución de la conciencia humana? ¿Persiste la misma íntima e indivisible conexión que evidentemente existía entre el arte y el origen de la conciencia, entre el arte y el rito primitivo y la primitiva destreza, a través de las últimas fases de la historia del género humano? ¿Persiste el arte como un descendiente de la magia, de la religión, de la ciencia, de la filosofía, de todo lo que queremos apreciar por civilización y cultura, o es más bien un vástago de la facultad mental, sin la cual ninguno de estos otros adornos del género humano habría tenido probabilidad de existencia?

Yo, desde luego, tomaré este último punto de vista, pero no puedo hacer más que dar una indicación breve sobre el sentido en que se podría encontrar una respuesta a esta pregunta.

HIPOTESIS DE BERGSON

Tengo que confesar, en este aspecto, que no soy un regenerado bergsonianista. Desde el punto de vista de los hombres de ciencia, Bergson ha sido calificado como un «buen poeta, pero mal científico» (15), y no cabe duda que él no era científico en método. Pero tuvo lo que muy a menudo les falta a los científicos, una visión sinóptica. El nos dió un cuadro coherente de la vida y aunque algunas de sus terminologías puedan estar pasadas de moda, o inclusive claramente desencaminadas, todavía es uno de los últimos de tales esfuerzos intuitivos que tienen algún sentido. En particular, es apropiado porque incluye en su proyecto no sólo la evolución de las especies en su aspecto más amplio, sino la intensa evolución, dentro de la especie del hombre de tales facultades como son el instinto, la intuición y la inteligencia. Bergson encontró un lógico lugar en la evolución para ese fenómeno, que es nuestra mayor preocupación ahora: la conciencia. Más notablemente todavía, él dió una explicación convincente del hecho que este fenómeno, la conciencia, ha evolucionado en un sentido de relativa independencia del cerebro: «no hay en verdad solidaridad e interdependencia entre el cerebro y la conciencia, pero no paralelismo; mientras más complicado se hace el cerebro, dando así al organismo una mayor posibilidad de acción, más sobrepasa la conciencia a su concomitante físico.» No puedo repetir el argumento sobre el que Bergson basa su exposición pero debo dar su hipótesis resultante, en sus propias palabras:

«La evolución de la vida, mirada desde este punto de vista, recibe un significado más claro, aunque ésta no puede ser subepilogada sobre ninguna de las ideas actuales. Es como si una amplia corriente de conciencia hubiese pene-

(15) Julián Huxley, *Evolution*, p. 458.

(16) *Creative Evolution*, Trad. Ing. p. 190.

trado la materia cargada, como toda conciencia está, con una enorme multiplicidad de entretejidas potencialidades. Ella ha conducido a la materia a la organización, pero su movimiento ha sido en seguida infinitamente retardado e infinitamente dividido. De un lado, realmente, la conciencia ha tenido que atargarse como una crisálida en su capullo en el que se prepara para llegar a volar, y de otra parte las múltiples tendencias que contiene han sido distribuidas entre diversas series de organismos, los cuales también expresan exteriormente estas tendencias en movimientos, más bien que internamente en representaciones. En el curso de esta evolución, mientras algunos seres han quedado dormidos más y más, otros se han despertado completamente y la modorra de algunos ha sido actividad en los otros. Pero el despertar pudo efectuarse en dos sentidos diferentes. La vida, es decir, la conciencia lanzada dentro de la materia, fijaba su atención bien sobre su propio movimiento o sobre la materia en la que penetraba, y así ha sido dirigida por la intuición o por el intelecto, dado que en ella la vida y la conciencia se encierran en sí mismas. Pero una ojeada a la evolución de los seres vivientes nos muestra que la intuición hubo de retraerse hacia el instinto, esto es, abrazar solamente la pequeña porción de vida que le interesaba; y ésta la abraza solamente en la oscuridad, tocándola a duras penas. De este lado, el horizonte se cerró muy pronto. Por lo contrario, la conciencia, amoldándose a la inteligencia, es decir, concentrándose desde un principio en la materia, parece exteriorizarse con relación a sí misma; pero justamente porque se adapta por sí misma, de este modo, a los objetos exteriores, triunfa moviéndose entre ellos, y salva las barreras que ellos le oponen, abriéndose así un campo ilimitado. Una vez libre, puede, además, internarse en sí misma y despertar la potencialidad de la intuición que dormita en ella.

»Desde este punto de vista, la conciencia no sólo aparece como el principal motor de la evolución, sino que también, entre los mismos seres conscientes, el hombre viene a ocupar un lugar privilegiado. Entre él y los animales la diferencia no es ya una diferencia de grado, sino de especie.» (17).

Habiendo separado el intelecto en este sentido, Bergson define su función como «abarcando la naturaleza en su integridad». Yo preferiría una frase más filosófica, tal como «aprehendiendo la naturaleza del ser, o el proceso de la realidad», pero dejémoslo pasar por el momento. Para Bergson es el intelecto considerado como «una función especial del cerebro, esencialmente dirigida hacia la materia inerte». La materia no determina la forma del intelecto; el intelecto tampoco impone su forma a la materia ni tampoco han sido regulados intelecto y materia, en razón del uno con el otro, por no sabemos qué preestablecida armonía; el intelecto y materia se han adaptado progresivamente el uno al otro para alcanzar, al fin, una forma común. «Esta adaptación se ha efectuado además, de una forma natural, porque ella es la misma inversión del propio movimiento que crea simultáneamente la intelectualidad del cerebro y la materialidad de las cosas».

UN PRINCIPIO UNITARIO

Intelectualidad es esencialmente orden. «Todas las operaciones de nuestro intelecto tienden a la geometría, como la meta donde ellas encuentran su perfecto desempeño», y es evidente, dice Bergson, que «una geometría latente, inmanente en nuestra idea de espacio... es el impulso principal de nuestro intelecto y la causa que lo pone en función». A esta tendencia a la geometría, descrita por Bergson, se le da una interpretación más universal en la hipó-

tesis de un principio unitario en biología y física, recientemente formulado por Lancelot Law Whyte (18) en estos términos: «la asimetría tiende a desaparecer, y esta tendencia se realiza en un proceso aislable; un principio que, aunque tan viejo como el de Aristóteles, ha estado apareciendo, como Mr. Whyte ha demostrado, con creciente claridad en las modernas especulaciones científicas. Ese asunto, en frases vívidas de Bergson, está «cargado de geometría», y ha sido evidente tal vez desde los tiempos de los primeros físicos griegos; ahora se insinúa que el cerebro se encuentra en condición similar. Las facultades de inducción y deducción sobre las que depende nuestra razón, son modelos de relación determinados por leyes geométricas. En verdad llegamos finalmente a la conclusión que Mr. Whyte expresa de la siguiente forma: que «la variante que caracteriza el proceso mental no es una cantidad física, sino cierta ley desconocida del desarrollo y transformación de las reglas».

Es obvio por qué estas reglas deben ser transformadas, pues de otra forma no habría evolución mental o física. ¿Pero cuál es la naturaleza del acto transformador? Bergson lo llama «creativo» y usa la analogía de la obra de arte creada espontáneamente, una sinfonía de Beethoven, para ser exacto. El punto que estoy tratando de remarcar, todo el punto de mi hipótesis, es que la obra de arte no es una analogía, es el acto esencial de transformación, no meramente el modelo de la evolución mental, sino el proceso vital mismo.

Desde luego, como Bergson señaló, hay dos clases de orden que confundimos generalmente. «En un sentido general, la realidad está ordenada exactamente con el grado en el cual satisface ésta nuestro pensamiento. El orden es por tanto un cierto acuerdo entre el objeto y el sujeto. En la inteligencia encontrándose por sí misma otra vez en las cosas. Pero la inteligencia... puede marchar en dos direcciones distintas. Algunas veces sigue su dirección natural: hay progreso entonces en la forma de tensión, creación continua, libre actividad. De cuando en cuando ella lo invierte y esta inversión, llevada al extremo, conduce a la extensión, al mecanismo geométrico... En ambos casos decimos que hay orden... Por lo que respecta a la primera clase de orden, éste oscila alrededor de la finalidad, no cabe duda, y sin embargo, no podemos definirla como finalidad, pues de una acción libre o de una obra de arte, podemos decir que presentan un orden perfecto, y sin embargo, pueden expresarse solamente en términos de ideas aproximadamente y según la circunstancia. Pero Bergson usa todavía el trabajo de arte como analogía: «La vida en un todo—dice—considerada como una evolución creadora, es un algo análogo a una acción libre o a una obra de arte; ella sobrepasa a la finalidad... lo vital está en la dirección de lo espontáneo... Decimos de los fenómenos astronómicos que ellos manifiestan un orden admirable, queriendo decir con esto que pueden ser previstos matemáticamente. Y encontramos un orden no menos admirable en una sinfonía de Beethoven, la cual es genio, originalidad y por tanto imprevisibilidad.» (19).

Esto es tal vez traicionar una concepción romántica de la obra de arte, pues realmente no hay distinción esencial entre el proceso creador y eficaz en un trabajo de arte y el proceso creador en una generalización científica; ambos procesos envuelven la subepilogación de los fenómenos, distintos dentro de un determinado patrón de la forma significativa. Lo que es importante y limitado a unos cuantos individuos, es la capacidad de ensanchar el patrón, de transfigurar la forma, el proceso al cual podemos llamar simbolización.

(18) The Unitary Principles in Physics and Biology, Londres (Cresset Press), 1949.

(19) Op. cit. 235-7 pp.

(17) Ibid. pp. 191-2.

TEORIA DEL GESTALT

Yo debería a estas alturas traer a cuento el testimonio de la psicología del Gestalt, la cual, afrontando el problema por el análisis de percepción llega a la conclusión de que «el arte considerado psicológicamente, no es un juego inútil sobre nuestras emociones, sino un medio para ayudarnos a encontrar nuestro lugar en el mundo». (20). Lo que los psicólogos del Gestalt han tratado de establecer fructuosamente, es en mi opinión que la percepción también tiende hacia el equilibrio y simetría: «equilibrio y simetría son características perceptivas del mundo visual que serán comprobadas donde quiera que las condiciones externas lo permitan; cuando no existen, el desequilibrio, la falta de simetría, será experimentada como una característica de los objetos o de todo el campo, junto con la urgencia sentida hacia el mejor equilibrio» (21). Ahora, este proceso, bajo circunstancias normales, es eventual: «el organismo... hace lo mejor que puede bajo las condiciones en boga, y estas condiciones no le permitirán, regularmente, hacer muy buen trabajo... Una obra de arte, por otra parte, se hace con la misma idea, una vez completa sirve como fuente de estímulo especialmente seleccionada por su «efecto estético». Esta es la fórmula del Profesor Koffka, y es una fórmula que revela una cierta limitación, pues ésta no nos da ningún indicio sobre el objeto del arte. La obra de arte hace sus efectos en virtud de cierta estructura, un «buen» e incluso —podemos suponer— un «mejor» Gestalt. Pero seguramente la conclusión a sacar de estas consideraciones es que la investigación por el buen Gestalt, es debida a la necesidad de «buscar» nuestro lugar en el mundo. Esto constituye el «requisito» de la obra de arte y es un requisito que es fundamental a la situación ontológica del hombre. En otras palabras, el requisito estético es el requisito básico en el desenvolvimiento biológico e intelectual.

FASES DE DESARROLLO

Si volvemos ahora al desarrollo histórico del género humano, como si quisiéramos probar nuestra hipótesis, me parece que serían, y en verdad son, ciertas etapas definidas las que marcarían un aumento en la cautela mental, de intensificación interior, de incrementada conciencia o recelo de la realidad directamente atribuible a la facultad estética. La primera de éstas es el nacimiento del lenguaje; un acontecimiento perdido en la prehistoria, acerca de cuya naturaleza sólo podemos especular oscuramente. En el largo intervalo entre el nacimiento de la conciencia y los antecedentes históricos del lenguaje, tenemos tales acontecimientos decisivos como la llegada del rito, el nacimiento de la magia y la ciencia, el nacimiento de la conciencia ética, el nacimiento de la religión y la filosofía, y muchos más acontecimientos específicos o aislados, procesos tales como la realización de un tipo ideal de humanidad en el arte griego. Todas estas etapas en la evolución del género humano, son debidas al refinamiento de percepción que envuelve una transformación progresiva de modelos perspectivos, una estructura que satisface un «requisito» inherente, o engendrado espontáneamente por la precedente situación evolutiva (22). Las fases alternas de la historia del arte conocidas generalmente como clasicismo y romanticismo, por ejem-

(20) K. Koffka: «Problems in the Psychology of Art». Art: A Bryn Mawyr Symposium, 1940.

(21) Ibid. p. 261 cf. también por el mismo autor. The Unfolding of the Artistic Activity, Berkeley, 1948.

(22) Whyte llama a tal situación «threshold»—el punto de equilibrio inestable entre dos tendencias alternas—; y lo compara con el «terminus», el equilibrio estable donde una tendencia culmina en «simetría».

plo, deben ser interpretadas como fases alternantes de estabilidad evolutiva y transformación revolucionaria.

Susanne Langer, que es por lo que yo sé, la sola filósofo con una visión comprensiva de estos procesos evolutivos, ha descrito su respectiva naturaleza en la forma siguiente:

«Un hecho singular es que todo avance de importancia en el pensamiento, dando cada época nuevo discernimiento, nace de un nuevo tipo de transformación simbólica. Un nivel más elevado de pensamiento es en primer lugar una nueva actividad, su curso está abierto por una nueva desaparición semática. El paso del mero uso de signos al uso de símbolos, marcaba el cruce de la línea entre el animal y el hombre; éste inició el desarrollo del lenguaje. El nacimiento del gesto simbólico, del movimiento emocional y práctico, engendró probablemente el orden del rito, así como el modo discursivo de la pantomima. El reconocimiento del vago y vital significado en las formas físicas—tal vez el primer albor del simbolismo—nos dió nuestros ídolos, emblemas y totemes; la función primitiva del sueño nos permite el primer examen de los acontecimientos. El descubrimiento importante del simbolismo natural, del modelo de vida reflejada en fenómenos naturales, produjo el primer discernimiento universal. Cada accidente del pensamiento se nos otorga como un don, con algunos nuevos principios de expresión simbólica. Tiene un desarrollo lógico, el cual es simplemente la explotación de todas las costumbres a que se presta ese simbolismo, y cuando se agotan estas costumbres, la actividad mental en cuestión ha encontrado su límite. Cumple su objetivo y llega a ser real igual que nuestra orientación en el «espacio Euclidiano», o nuestra apreciación de los objetos y sus accidentes (sobre el modelo de la estructura del lenguaje, significativamente llamado «lógica»), o es suplantado por alguna otra costumbre simbólica más poderosa, la cual abre nuevas avenidas al pensamiento (23).

LA FUNCION DEL ARTE

En verdad, en este pasaje, Susanne Langer no usa la palabra arte, pero en otro párrafo, caracteriza el gran desenvolvimiento de que es capaz el mito como «la exposición de la vida humana y el orden cósmico que revela la poesía», y más adelante, manifiesta claramente que la transformación simbólica, sólo tiene lugar en virtud del esfuerzo estético. El lenguaje por ejemplo, lo ve como un desenvolvimiento del rito (24); el rito solemne y significativo retrotrae la evolución del lenguaje... canción, la formalización del juego-voz, probablemente precediendo al discurso». Pero en esta esfera, lo que está fuera de discusión y demostrable es nuestro propio proceso creador del pensamiento, es la expresión de la metáfora; la metáfora es la ley de la vida del lenguaje. Como un lógico moderno (Morris Cohen) libremente admite; «las metáforas no son meramente planes artificiales para hacer el discurso más vivido y poético, sino que son también necesarias para la aprehensión y comunicación de nuevas ideas...; son a menudo el camino en el cual las mentes creativas perciben las cosas, de suerte que el reconocimiento explícito que estamos tratando con analogía más bien que con identidad real, viene después como resultado de posterior reflexión o análisis» (25). Las primeras percepciones de lo que es original en cualquier ciencia tienden a asumir la forma de metáfora; las primeras etapas de la ciencia son poéticas.

(23) Philosophy in a new Key, Harvard, 1942, páginas 200-1.

(24) En este punto recogiendo una vieja y olvidada hipótesis presentada por J. Donovan en dos artículos sobre «The Festival of Human Speech», contributed to Mind, 1891-2 (Vol. XVI (o. s.), pp. 498-506 y Vol. XVII, pp. 325-39).

Es verdad, desde luego, que la ciencia, a medida que progresa, hace caso omiso de la metáfora y se apoya sobre formas de pensamientos discursivos o conceptualistas. Eso podía ser otro aspecto del principio unitario; la tendencia del proceso mental en busca de un estado de equilibrio. Hegel llegó a la conclusión de que tal estado de equilibrio había sido alcanzado por la filosofía moderna y que no debía alterarse. Consideró el arte, desde luego, como «una cosa del pasado». Pero Hegel no es complaciente con la situación. «En realidad—dice—la belleza del arte no parece en forma que deba expresamente ser contrastada con un pensamiento abstracto, una forma forzada con el fin de ejercer su propia actividad en un sentido propio. Tal resultado es simplemente el corolario de la tesis de que la realidad, en cualquier parte, sea la vida de la Naturaleza o del cerebro, es desfigurada o exterminada por su concepción, que lejos de acercárenos por la concepción de pensar, es precisamente por este medio por el que se aleja más y más de nosotros, de forma que en su intento por asirse al pensamiento como a un medio de la naturaleza de la vida, el hombre anula más bien este mismo propósito» (29). Hegel consideraba el arte como una infiltración de las substancias sensitivas del mundo de los fenómenos con la inteligencia, y por esa razón pudo él asimilar el arte al proceso de pensar, el cual, a su parecer, «constituye la más íntima y esencial naturaleza del cerebro». Pudo incluso admitir que la verdadera función del arte es «traer a la realidad el mayor interés del cerebro». Lo que él no vió ni admitió, fué la prioridad en el sentido evolutivo de la actividad metafórica o simbólica. Hegel tomó la «idea» misma, como forma lógica, tiene su punto de partida en la belleza. O, para expresar el mismo juicio con las palabras de Susanne Langer, no se dió cuenta de que la inteligencia no debe restringirse a formas discursivas; que existe un proceso de pensamiento no-discursivo, y que el cerebro se desarrolla y captura la realidad, tanto por medio de la imaginación y el sueño, el mito y el rito, por el arte, como por la inteligencia práctica. Es una mera suposición reclamar la esencia y la intimidad del cerebro por el pensamiento abstracto: esa región arcana está reservada, si a alguna cosa, a los actos de transformación simbólica, a la intuición formativa del gran artista. La verdad esencial fué expresada por Goethe, cuya excursión por la teoría del arte trató Hegel un poco despectivamente; el proceso formativo (die Gestaltung), decía Goethe, es el proceso supremo, realmente el solo igual en naturaleza y arte» (27). O como le dijo a Eckermann (abril, 15, 1827): «Tengo que reirme de los estéticos que desesperan al tratar de formular en unas cuantas palabras abstractas esa cosa indefinida que llamamos belleza. La belleza es un Urphaenomen (fenómeno arquetipo). Si bien no se materializa como tal, ella derrama su incandescencia sobre millares de manifestaciones diferentes del espíritu creador y es tan multiforme como la misma Naturaleza».

La comprensión de la realidad estética ha marchado en tiempos históricos hombro con hombro con la comprensión de la realidad intelectual, y aunque debemos finalmente insistir sobre la relación vital entre estos dos procesos, llegando el pensamiento a ser académico, y estéril, a menos que esté continuamente inspirado por el arte, podemos permitir al pensamiento discursivo su única obra (28). Pero esta obra

no puede hacer del arte una cosa del pasado, pues el proceso de simbolización original debe continuar si la conciencia humana ha de obtener un objetivo ontológico. Y el arte, en este sentido, está continuamente en su tarea evolutiva. Desde los días de Hegel, podemos decir que, al menos en dos direcciones, el arte ha refinado las facultades comprensivas de la conciencia. Esos movimientos, en la pintura, en la música y en la literatura, a los cuales podemos dar el nombre general de impresionismo, tienen una relación directa—la relación de los precursores de la fantasía apropiada—con la filosofía de Bergson e incluso con la física de Einstein. La pintura de Monet, la música de Debussy, la filosofía de Bergson, la psicología de Proust, ¿podemos separarlas? O tomar el espectáculo del Jano, de Sartre—de un lado un filósofo discursivo—del otro lado un artista no discursivo. ¿Guarda su filosofía y su ficción en sitios separados de su cerebro o hay en los fundamentos del mismo ambos procesos simbólicos de transformación? ¿Hay la misma dilatada tensión de una conciencia expansiva? «Lo que queda, lo que resiste—escribió el poeta Hölderlin—está establecido por el poeta». Y comentando sobre esta declaración, el filósofo Heidegger admite que «el discurso del poeta es organización (de ser), no sólo en el sentido del libre acto de producir, sino al mismo tiempo en el sentido de la firme base de la existencia humana sobre su fundación» (29). He mencionado el nombre de Marcel Proust y podría terminar esta conferencia tal vez apropiadamente con una cita de su gran novela:

«La grandeza del verdadero arte... era descubrir, captar, darnos a conocer que la realidad tan distante de nuestra cotidiana existencia, y de la que nos alejamos mucho de acuerdo con la creciente solidez e impermeabilidad del conocimiento convencional por el cual la sustituimos, esa realidad por la que corremos el gran riesgo de nunca llegar a conocer antes de morir y que no es más ni menos que nuestra vida, nuestra vida real, vida finalmente descubierta e iluminada, esa vida que en un sentido está presente en todo momento en todo hombre, así como en el artista. Pero no la ven porque no hacen ningún esfuerzo para iluminarla. Así su pasado queda confuso con innumerables clichés que serán siempre inútiles porque la inteligencia no los ha «revelado». Rescatar nuestra vida, y también la de los otros; porque el estilo, para el escritor, así como para el pintor, no es un asunto de técnica sino de visión. Es la revelación, la cual sería, imposible por medios directos o conscientes, de la diferencia cualitativa que hay en el sentido que el mundo se nos revela, una diferencia que a no ser por la existencia del arte, sería el secreto eterno de cada individuo» (30).

La revelación de la diferencia cualitativa en el sentido que el mundo se nos revela; eso es al mismo tiempo una descripción de la función del arte y de las etapas de la evolución de la conciencia del género humano.

HERBERT READ

(Traducción de Juan Ruiz).

(Conferencia pronunciada por el autor, en Londres, el 10 de abril de 1951).

posible una expansión de la conciencia estética. Ver para este aspecto de la cuestión los varios trabajos de Majorie Hope Nicolson: —The Microscope and English Imagination, A World in the Moon and Newton the Muse (Newton's Optics and Eighteenth Century Poets) Princeton University Press, 1946.

(29) Existence and Being, por Martin Heidegger, Londres (Vision Press), 1949, pp. 304-5.

(30) Le Temps retrouvé, II, 48. Trad. por F.C. Green en The Mind of Proust, Cambridge University Press, 1949, p. 521.

(25) A Preface to Loic, por Morris R. Cohen, Londres (Routledge), 1946, pp. 8v-6.

(26) The Philosophy of Fine Art, Trad. por F.P.B. Osmonston, 4 vols. Londres, 1920, I.15.

(27) «Kein Mensch will begreifen die höchste und einzige. Operation der Natur und Kunst die Gestaltung sey». Carta a Zelter, Otc. 30, 1808.

(28) Y su influencia en pensamiento no discursivo. Ciertas invenciones, ejemplo: el telescopio, el microscopio, el piano, han sido los instrumentos que han hecho

REFLEXIONES AL CUMPLIR LOS OCHENTA AÑOS

Bertrand Russell, el conocido pensador inglés, una de las más relevantes figuras intelectuales de nuestra época, a la inversa de tantos hombres eminentes a quienes la longevidad ha sumido en el desolado pesimismo, llegado a los ochenta años, pone de relieve su fe, su esperanza en un vivir social de libertad y equidad para todos.



Alcanzar la edad de ochenta años es razonable suponer que nuestro principal trabajo se halla realizado, y que lo que resta por hacer será de una importancia menor. La parte seria de mi vida, desde la niñez, ha estado dedicada a dos objetos diferentes, los cuales por mucho tiempo, permanecieron separados y sólo en años recientes se han unido en un todo simple. Yo quería, de un lado, buscar si era posible saber algo; y, de otro, hacer lo necesario para crear un mundo más feliz.

Hasta los treinta y ocho, puse casi todas mis energías en la primera de estas tareas. Me vi atacado por el escepticismo, y sin querer, forzado hacia la conclusión de que casi todo lo que pasa por el conocimiento está abierto a la duda razonable. Yo deseaba certidumbre, lo mismo que la gente desea fe religiosa. Pensé que la certidumbre podría encontrarse más fácilmente en las matemáticas que en ninguna otra parte. Pero descubrí que muchas demostraciones matemáticas que mis profesores esperaba que yo aceptase, estaban llenas de errores, y que si la certidumbre se podía vislumbrar en las matemáticas, tendría que ser en una nueva clase de matemáticas, con unos fundamentos más sólidos que aquellos que hasta entonces se habían creído seguros. Pero continuando la obra, me hicieron recordar con frecuencia la fábula del elefante y la tortuga. Habiendo construido un elefante sobre el que podía descansar el mundo matemático, encontré al elefante tambaleándose y empecé a construir una tortuga para evitar que el elefante cayera. Pero la tortuga no era más segura que el elefante, y después de veinte años de arduo batallar, llegué a la conclusión de que no había nadie más que yo capaz de hacer el conocimiento matemático indudable. Entonces llegó la primera guerra mundial y mis pensamientos se concentraron en las locuras y miserias humanas. Ni la locura ni la miseria me parecen una parte del destino inevitable del hombre. Y estoy convencido que la inteligencia, la paciencia y la elocuencia, pueden, tarde o temprano, conducir a la raza humana fuera de las torturas impuestas a sí misma, a menos que en este intermedio se extermine a sí propia...

En base a esta creencia, he sostenido siempre un cierto grado de optimismo, aunque a medida que he ido envejeciendo el optimismo se ha ido haciendo más sombrío y el principio feliz más distante. Pero soy completamente incapaz de ponerme de acuerdo con aquellos que aceptan fantásticamente el principio de que el hombre ha nacido para dar que hacer. Las causas de disgustos en el pasado y en el presente no son difíciles de comprender. Ha habido pobreza, pestilencia y hambre, las cuales fueron debidas a la forma inadecuada en que el hombre trató a la naturaleza. Ha habido guerras, opresiones y torturas, las cuales han sido debidas a la hostilidad de los hombres para con

sus semejantes. Y ha habido miserias mórbidamente alimentadas por credos oscuros, los cuales han conducido a los hombres a profundas discordias que motivaron la prosperidad general inasequible. Mas con respecto a todas las lacras sociales, indudablemente, hay medios mediante los cuales podemos llegar a superarlas. En el mundo moderno, si las comunidades son desgraciadas, es porque ellas lo han decidido así. O para hablar de una forma más precisa, porque tienen hábitos, creencias y pasiones que les son más preciosas que la felicidad o la vida inclusive. Se encuentran muchos hombres que parecen estar enamorados de la miseria y de la muerte, y se irritan cuando se les sugieren algunas esperanzas. Creen que la esperanza es irracional y dejándose llevar por la ociosa desesperación, están inactivos frente a los hechos. No puedo estar de acuerdo con estos hombres. Para preservar la esperanza en nosotros, nuestro mundo solicita nuestra inteligencia y nuestra energía. La energía falta muy frecuentemente en aquellos que desesperan.

La última mitad de mi vida ha sido vivida en una de esas épocas penosas de la historia humana, durante la cual el mundo va empeorando y las victorias pasadas, que parecían ser definitivas, se han convertido solamente en temporales. Cuando yo era joven, se tomaba el optimismo de la era victoriana como un privilegio. Se pensaba que la libertad y la prosperidad se esparciría por el mundo gradualmente por mediación de un proceso ordenado, y se esperaba que la crueldad, la tiranía y la injusticia disminuirían de una forma continua. Casi nadie estaba obsesionado por el miedo a las guerras. Casi nadie pensaba que el siglo diecinueve sería un breve prelude entre la barbarie pasada y la futura. Para aquellos que crecieron en esa atmósfera, la adaptación al mundo presente les ha sido difícil. Ha sido difícil no sólo emocionalmente, sino también intelectualmente. Las ideas que se creyeron adecuadas han sido inadecuadas. En cierto sentido las libertades antes tan ponderadas, han mostrado ser una potente fuente de desastres. Nuevos pensamientos, nuevas esperanzas, nuevas libertades y nuevas restricciones son necesarias si el mundo ha de emerger del presente estado de peligro.

Yo no puedo pretender que lo que he hecho con relación a los problemas políticos y sociales ha tenido una gran importancia. Es completamente fácil tener un afecto inmenso por medios dogmáticos y evangélicos precisos, tal como los del comunismo. Pero por una parte no puedo creer que lo que el género humano necesita sea precisamente lo dogmático. Tampoco puedo creer de todo corazón en cualquier doctrina imparcial que trate solamente de algunas partes o aspectos de la vida humana. Hay quienes sostienen que todo descansa en las instituciones y que las buenas instituciones traerán inevitablemente el bienestar. Y de otra parte, hay aquellos que creen que lo que hace falta

es un cambio de corazón, y que, en comparación, las instituciones cuentan poco. Yo no puedo aceptar ninguno de estos puntos de vista. Las instituciones moldean el carácter y el carácter transforma las instituciones. Las reformas, en ambos casos, deben marchar cogidas de la mano. Y si los individuos tienen que conservar esa medida de iniciativa y flexibilidad, no deben ser forzados dentro de un molde rígido, o para cambiar la metáfora, ser todos encuadrados en un ejército. La diversidad es esencial, a pesar de que ella incluye la aceptación universal de un simple evangelio. Pero predicar tal doctrina es difícil, especialmente en tiempos difíciles. Y tal vez no pueda ser efectiva hasta que se haya aprendido una dura lección por medio de una experiencia trágica.

Mi obra está casi a su fin y ha llegado el tiempo en que puedo mirarla en su conjunto. ¿Hasta qué punto he acertado y hasta qué punto he fallado? Desde una edad temprana me creí yo mismo predestinado para una grande y ardua tarea. Hace cincuenta años, paseando sólo, por el Tiergarten de Berlín, a través de la nieve en deshielo, bajo el brillante y frío sol de marzo, determiné escribir dos series de libros: una, abstracta, haciéndose gradualmente más concreta; la otra, concreta, haciéndose gradualmente más abstracta. Ambas series tenían que ser coronadas por una síntesis que combinase la teoría pura con una filosofía social práctica. A excepción de la síntesis final, que todavía me elude, he escrito estos libros. Han sido aclamados, y el pensamiento de muchos hombres y mujeres han sido afectados por ellos.

Pero contra todo esto, deben establecerse dos clases de fracasos, uno exterior y otro interior. Para empezar con el fracaso exterior, diré que el Tiergarten se ha convertido en un desierto; la Brandenburger Thor, por la que entré en aquella mañana de marzo, se ha convertido en límite de dos imperios hostiles, mirándose el uno al otro (a través de una barrera casi invisible) y preparando espantosamente la ruina del género humano. Comunistas, fascistas y nazis han

desafiado sucesivamente lo que yo creí bueno, y, con el fin de derrotarlos, mucho de lo que sus oponentes querían preservar, se ha perdido. La libertad ha llegado a tomarse por debilidad y la tolerancia ha sido forzada a llevar el manto de la traición. Los viejos ideales son juzgados desatinos y ninguna doctrina exenta de severidad causa respeto. El fallo interior, aunque de escasa importancia para el mundo, ha hecho de mi vida mental una batalla perpetua. Yo me lancé en medio de un mundo eterno, platónico, con una creencia más o menos religiosa, en la cual las matemáticas brillaban con una belleza igual a la de los últimos cantos del Paraíso de Dante. Llegué a la conclusión de que el mundo eterno es trivial y que las matemáticas son sólo el arte de decir la misma cosa con diferentes palabras. Me manifesté con una creencia de que el amor, libre y animoso, podría conquistar el mundo sin necesidad de luchas. Terminé apoyando una guerra terrible y dura. En este respecto hubo fallo.

Pero bajo toda esta carga de fallos todavía estoy convencido de algo que creo es una victoria: Yo he podido concebir erróneamente la verdad teórica, pero no estaba equivocado al pensar de que hay cosas que merecen nuestra confianza. He podido pensar que el camino para llegar a un mundo de seres humanos libres y felices resultaría más corto de lo que en realidad era, pero no estaba equivocado al pensar que tal mundo es posible y que vale la pena vivir con la idea fija de acercarlo a nosotros. Yo he vivido en la persecución de una visión, personal y social. Personal: interesarme por lo que es noble, por lo que es bello, por lo que es bueno; dedicar mi discernimiento a dar luz a los demás. Ver con la imaginación la sociedad que está por crear, donde los individuos crezcan libres, y donde el odio, la avaricia y la envidia mueran porque no haya nada que los alimente. Creo en estas cosas, y el mundo con todos sus horrores, no ha conmovido mis convicciones.

BERTRAND RUSSEL.

(Traducción de Juan Ruiz).

IDEARIO DE

JULIES RIENARD

- ∞ El tiempo piensa, la pereza sueña. ***
- ∞ El sabio generaliza, el artista individualiza. ***
- ∞ Hay gentes que dan un consejo como el que da un puñetazo. ***
- ∞ Buscad en todo la parte ridícula y no dejaréis de hallarla. ***
- ∞ El pedante es el hombre que intelectualmente digiere mal. ***
- ∞ El estilo es el olvido de todos los estilos. ***
- ∞ Solamente existe una forma de ser menos egoísta que los demás: confesar el propio egoísmo. ***
- ∞ No hay amigos; tan sólo se perciben momentos de amistad. ***
- ∞ Sueña con grandes cosas; a lo menos ello te permitirá realizar las pequeñas. ***
- ∞ El hombre verdaderamente libre es aquel que sabe rehusar una invitación a comer sin buscar justificaciones. ***

- ∞ Es una grande prueba de nobleza el que la admiración sobreviva a la amistad. ***
- ∞ Si quieres estar seguro de hacer siempre tu deber, realiza aquello que te es desagradable. ***
- ∞ Lo que hay de mejor en cada uno es incomunicable. ***
- ∞ El que viaja mucho poco retiene. ***
- ∞ Hay que tener el valor de reconocer las debilidades propias. ***
- ∞ Seamos intolerantes para con nosotros mismos. ***
- ∞ Es mucho más fácil hablarle a la multitud que al individuo. ***
- ∞ Con frecuencia somos en exceso presurosos ¿qué diríamos del sembrador que quisiera enseguida ver pujante el trigo que ha sembrado? ***
- ∞ Hay algo que desplace más que el arrivismo: es la exhibición de la modestia. ***

Historia del Movimiento Anarquista

DE LOS PRINCIPIOS Y DE LOS METODOS DE ORGANIZACION

y II



El 20 de marzo 1927 se reunían en el pueblecillo de Bourg-la-Reine, no distante de París, en la sala de un cine los delegados de varios países. Entre ellos se hallaban italianos, pero en dos grupos distintos: el uno, completamente de acuerdo con los principios enunciados en la Plataforma, representados por el compañero Viola (Bicholfi); el otro (Pensiero e Volontà) representado por los compañeros L. Fabbri, Camilo Berneri y Hugo Treni. Por el grupo ruso se hallaban presentes Archinoff, Makhno y otros; Pavel por el grupo búlgaro; Orobón Fernández, Gibanel y otros, por los españoles; los franceses contaban con dos delegaciones, la primera con Odeón, favorable a la Plataforma y la otra con Severin Ferandel; los polacos con Ranko y Waleki; el chino Chen; el francés Dauphin-Meunier, y otros numerosos asistentes a título individual.

La discusión se animó prontamente porque las opiniones, al contrario de lo que alguno esperaba, mostraron en seguida su discordancia en muchos puntos.

Las intervenciones fueron numerosas y las críticas vivas y profundas, particularmente por parte de los delegados del grupo italiano «Pensiero e Volontà» que sostenía un punto de vista opuesto al presentado por los rusos. Incluso Makhno, en su discurso de introducción, había rebatido los puntos más discutidos y los que quedaban a discutir sobre el proyecto de Plataforma, acentuando la nota sobre ciertos puntos.

La discusión se concretó rápidamente en torno a las proposiciones presentadas por los organizadores. Estas consistían en lo siguiente:

«Como base para la unión de fuerzas homogéneas, y como un mínimo de acuerdo en el terreno ideológico y táctico en que debería encontrarse una línea de concordancia entre los compañeros, proponemos los puntos siguientes:

»1.º El reconocimiento de la lucha de clases como el factor más importante en el sistema anarquista.

»2.º El reconocimiento del Comunismo-anárquico como base de nuestro movimiento.

»3.º El reconocimiento del Sindicalismo como uno de los métodos principales de lucha por parte del Comunismo-anárquico.

»4.º Necesidad de crear en cada país una Unión General de los Anarquistas, sobre la base de la unidad táctica e ideológica y sobre la responsabilidad colectiva.

»5.º Necesidad de un programa positivo, creador de la revolución social.»

Habiéndose requerido a cada delegación el expresar explícitamente su opinión, a participación en pro o en contra de los puntos más importantes de la proposición fué casi general. Luis Fabbri, después de una honda y amplia discusión presentó con claridad y precisión la modificación siguiente, aplicable al primer apartado:

«1.º El reconocimiento de la lucha de todos los explotados y de todos los oprimidos, contra la autoridad y contra el Estado, como factor más importante en el sistema del anarquismo.»

Después de casi una jornada de discusiones animadas, el grupo italiano «Pensiero e Volontà», apoyado por parte de los franceses y de los españoles, presentó una proposición en la que modificaba completamente los puntos que habrían debido servir de base a una Organización Anarquista Internacional.

Aceptada la modificación propuesta por Fabbri al primer apartado, y aceptado tal cual el segundo, el grupo italiano proponía para los siguientes:

»3.º El reconocimiento de la lucha obrera y sindical como uno de los métodos importantes de la acción revolucionaria de los anarquistas.

»4.º Necesidad de establecer en cada país una Unión Anarquista lo más general que fuera posible, entre aquellos que participen del mismo sentido finalista, que practiquen la misma táctica y que observen el mismo sentido de responsabilidad colectiva.

5.º Necesidad de establecer un programa positivo de acción y de realización de los anarquistas en la Revolución Social.»

Pero cuando parecía que la discusión se estabilizaba en base a la proposición de los italianos, ésta fué interrumpida de una manera inopinada. La policía francesa, suponiendo que se estaba tramando quién sabe qué complots en la reunión de Bourg-la-Reine, irrumpió en la sala y arrestó a todos los presentes, resolviendo así, de una manera tan suya, los problemas y las discusiones en curso.

No era una conclusión novedosa ya que unos meses la policía había cerrado de idéntica forma el primer Congreso de los anarquistas italianos refugiados en Francia sin permitirles llegar a ninguna conclusión en torno a los problemas que preocupaban a aquellos militantes, quienes deseaban intentar de mantener en vida, fuera de Italia, las iniciativas orgánicas solidarias y de propaganda que poco a poco eran eliminadas del otro lado de

los Alpes. Pero en esta ocasión, si bien logró trun- car la discusión y aprovechó el hecho para expul- sar algún «indeseable», la policía no paralizó to- talmente el trabajo clarificador y organizativo, ya que el Comité Provisional continuó en sus labores durante cierto tiempo.

En efecto, el primero de abril enviaba a todos los grupos que habían prestado su adhesión al Con- greso, las siguientes proposiciones de «Bases de Organización»:

«PROYECTO DEL SECRETARIADO PROVISIONAL

»1.º La Federación se constituye en base a los Grupos o Federaciones Nacionales aceptantes de las «Bases Ideológicas» y se llama «Federación In- ternacional de los Anarco-comunistas revolucionarios». Sólo se aceptan adhesiones personales de parte de aquellos países en que aún no se han constituido grupos de nuestra tendencia.

»2.º Los Grupos de las diversas lenguas perte- necientes a la Federación deberán a su vez formar Federaciones Nacionales.

»3.º La adhesión de un nuevo grupo deberá diri- girse al grupo nacional de la misma lengua que pertenezca ya al organismo internacional.

»En caso de divergencia entre los grupos nacio- nales deberá someterse la cuestión a un tribunal de miembros del organismo internacional, que será el único que podrá liquidar tal divergencia.

»4.º El órgano representativo de la F.I.C.A.R. es su Comité Provisional.

»5.º El Comité Provisional está integrado por un delegado por cada lengua, residente en la loca- lidad en que se halle la sede. Los grupos pueden revocar o renovar su delegado al Comité.

»6.º El Comité Provisional estudiará la posibili- dad de publicar un Boletín, por lo que se designará a su juicio un Comité de Redacción.

»7.º El Comité Provisional tendrá por misión el organizar y convocar en el término de un año, a contar de su creación, un Congreso Internacional a fin de constituir una «Internacional Anarco- Comunista Revolucionaria.»

Como base ideológica proponía los puntos si- guientes:

»1.º La lucha de las clases trabajadores contra el capital, como factor principal en el sistema de la táctica política y de la estrategia anarquista

»2.º El Anarco-comunismo, como base y finali- dad del movimiento anarquista, ya que contiene en sí al mismo tiempo la idea de la libertad personal y la de la solidaridad social obrera.

»3.º El Sindicalismo, como método en la lucha de las clases trabajadoras contra el capital y sobre el cual el anarquismo debe ejercer la más grande influencia.

»4.º La necesidad de una organización general de los anarquistas, ya sea en cada país como en el campo internacional, basada en la unidad ideo- lógica, en la unidad táctica y en la responsabili- dad colectiva.

»5.º Necesidad de un programa positivo para el día siguiente de la revolución.»

Las nuevas proposiciones (que no eran más que repetición de las anteriores) demostraban que no

se había tenido en cuenta la discusión desarrollada en el curso de la Conferencia de Bourg-la-Reine. Ni siquiera se habían tomado en consideración las contra-proposiciones presentadas, ni las opiniones expresadas por los participantes de la reunión.

Considerado el caso, el grupo «Pensiero e Volontà», después de una larga discusión, decidió res- ponder con la siguiente carta que aclaraba los pun- tos esenciales del desacuerdo.

Decía así:

«Queridos compañeros:

»Nuestro grupo anarquista «Pensiero e Volontà» ha examinado y discutido los diversos puntos pro- gramáticos sobre los que, según vosotros, debería basarse la «Internacional Anarco-Comunista» pro- puesta y ha llegado a la conclusión de que por ahora nos sería imposible adherir a vuestra ini- ciativa.

»Aun cuando exista en nosotros la duda de que gran parte de nuestro desacuerdo con vosotros se deba a cuestiones de forma, nos parece, sin em- bargo, que hay en vosotros un espíritu muy lejano al de nuestra concepción de una organización anarquista. A nuestro entender ésta habría de ser abierta al mayor número de individuos, grupos, fe- deraciones, que estén de acuerdo en cuanto a los principios de la lucha organizada anárquicamente contra el capitalismo y el Estado sobre bases per- manentes nacionales e internacionales, pero sin ciertos exclusivismos ideológicos y tácticos y sin formalismos que coarten la autonomía y la libertad de los individuos en los grupos y de éstos en las diversas uniones nacionales e internacionales.

»Sabéis que nuestro grupo está adherido a la «Unión Anarquista Italiana». Por ahora creemos que el mejor camino a seguir es el que a través de cuatro años de vida pública se trazó a sí misma, la «U.A.I.», por medio de su programa teórico, de su pacto interno de Alianza y de las deliberaciones de sus tres primeros congresos (Florenzia 1919. Bo- lonia 1920 y Ancona 1921). Tenemos la impresión de que el espíritu que informa a la «U.A.I.» no con- cide suficientemente con el de vuestras proposicio- nes ideológicas y tácticas, y en la duda en que nos hallamos creemos un deber el abstenernos de efec- tuar una adhesión que pudiera comprometernos en sentido diverso. Vosotros mismos decís que es neces- saria, para el trabajo por vosotros iniciado, una unidad ideológica y táctica, y dándose el caso que ésta no aparece tan completa como se quisiera, es mejor no emprender compromisos recíprocos que habrían de ser molestos tanto para vosotros como para nosotros mismos.

»Podemos estar en el equivoco, naturalmente, pero podéis mantener la certeza de que, en cuanto lo reconozcamos, no tardaremos en unirnos a vos- otros. De todas formas nuestra abstención no sig- nifica de manera alguna ni hostilidad ni oposición a todo trance, y ésta no nos impedirá el cooperar con vosotros, eventualmente y a partir de este mismo momento, pero libremente, desde fuera, en cada aspecto de vuestra labor en el que pudiéramos sentirnos de acuerdo.

»Si vosotros queréis podemos también exponeros —por escrito o verbalmente, por intermedio de nuestro delegado— las observaciones más impor- tantes que hemos hecho a vuestras bases ideológi- cas y tácticas, de lo que vosotros podríais, quizás, deducir algunas sugerencias que podrían pareceros no del todo inútiles, al margen mismo de nuestra actual decisión. Pero sobre esto no insistimos.

»Creed, queridos compañeros, en el sentimiento más vivo de solidaridad, con vosotros, por la causa de la anarquía,

»El Grupo Anarquista
de «Pensiero e Volontà»

La no adhesión del grupo italiano «Pensiero e Volontà» a la iniciativa de los compañeros rusos, incitó a muchos otros grupos a no adherirse tampoco. La influencia de las ideas y de los principios organizativos expresados en la «Plataforma» se manifestó profundamente en las decisiones de los

congresos de algunas federaciones nacionales que efectuaron sus reuniones por aquellos años, entre ellas se puede recordar a Francia donde, por esta causa, se llegó directamente a la escisión.

Pero la idea de crear una Internacional anarquista basada sobre los principios de la «Plataforma» quedó en nada más que una idea, sin ninguna continuidad de relación (1).

Ugo FEDELI

(Traducido directamente del italiano, para «Cenit», por Ildefonso).

(1) Podemos calificar de optimista la consideración final del compañero Fedeli. Optimista e irreal. Efectivamente, en periodos sucesivos hemos podido comprobar que los principios establecidos por los «plataformistas» no han desaparecido por completo. Existen ramificaciones en varios países. Y sus detentadores persisten en la «idea base» que sirve de justificante a una diferencia profunda establecida en los medios anarquistas. Manifiestan éstos que, en ausencia de una organización internacional más o menos programatizada el movimiento anarquista debe marchar a la deriva. Y muestran éstos idéntica intransigencia que los iniciadores de la Plataforma. Vale decir que, afirmados en la idea de constituir una organización única de carácter delimitado, concreto, incommovible, se niegan rotundamente a toda actuación cooperadora con quienes, partidarios de un organismo internacional, interpretan que éste ha de ser de un carácter amplio, sin delimitaciones interpretativas y sin rigidez de composición y de participación.

Sin recurrir a ejemplos lejanos en el tiempo (dos décadas pueden ser lejanas) podemos extraer esta consecuencia de hechos recientes. Desde el 1947 hasta finales del 1949, una por año, han tenido lugar tres reuniones importantes en el área del anarquismo internacional. Asistieron a éstas reuniones casi todas las tendencias actuantes del anarquismo contemporáneo. Casi todas, porque faltaba alguna expresión del mal llamado «individualismo», aunque en presencia ofrecen diferencias más profundas que las que parecen limitarse a una divergencia sobre «formas de organización». Y se ha podido observar que los que defendían con más ahínco—con encano incluso—una posición organizacionista «à outrance», se negaron a toda participación en común, incluso organizativa, al no ser aceptadas íntegramente sus pretensiones. De lo que se deduce un sentido autoritario y no comunitario, de esta posición, ya que comunidad implica tolerancia y transigencia mutua; comprensión ante las ajenas diferencias, incluso ante las debilidades ajenas; expresión proselitista que contrasta con su posición impositiva. Con nosotros o contra nosotros, parece decir tal posición, ya que hasta eso se llega en la práctica. Podría afirmarse, sin temor a error, que se trata de dos interpretaciones diametralmente opuestas, en concepto y en sentido. Y que éstas irán presentando mayores diferencias a través del tiempo si no se procura prosibilitar la idea y la práctica de una libre cooperación entre todo, cooperación llevada «hasta donde lo permitan los límites de las diferencias interpretativas» entre las corrientes en presencia.

En el Uruguay, a raíz de los incidentes derivados de esta misma discusión, originada también por los acontecimientos de la Revolución rusa (nos referimos a casi treinta años atrás) surgió una tendencia que se calificó de «anarquista dictadora». Se produjo una división en el movimiento que, al ser allí de base obrerista, escindió la «F.O.R.U.» y dió origen a la «U.S.U.» Las polémicas fueron violentas y las acciones no quedaron a la zaga. Pero al producirse el «golpe uriburista» en la Argentina llegó un aluvión de compañeros deportados, desterrados e incluso fugitivos. Impulsó este hecho a la solidaridad por parte de los residentes en el país y restableció una serie de contactos personales entre participantes de las dos tendencias. Se constituyó el «Ateneo Libre», que sirvió aún más de nexo de conexión y de tribuna amplia, en la que se restablecieron las polé-

micas pero también los contactos. Se limaron asperezas. Se inició una serie de tentativas de unificación entre la «F.O.R.U.» y la «U.S.U.» (no confundir con la «U.S.A.» de la Argentina, organización reformista y política) que no llegaba a efecto decisivo por una especie de prurito personal mantenido por los iniciadores de la escisión, quienes querían hallar una fórmula de entente que sirviera de justificante a su actitud pasada. Pero a partir de entonces cesó la lucha entre los dos organismos sindicales. Realizaron actividades comunes y por otra parte, el edificio de uno de los sindicatos de la «U.S.U.» sirvió de marco a las manifestaciones más importantes del momento, en las que participaban indistintamente elementos de ambas organizaciones. Y se llegó a más. Se constituyó en el Uruguay la primera Comisión de Relaciones Anarquistas (1932 o 33) con la participación de Hugo Treni (Fedeli, Luis Fabbri, Santillán, Carreño (que falleció en Francia siendo Administrador de «CNT») proveniente de la «F.O.R.U.» Coteló (que ejerció diversos cargos de responsabilidad en España, donde acudió durante el periodo revolucionario), procedente de la «U.S.U.»), Ildefonso como Secretario de la Comisión. La primera actividad de esta Comisión fué la de publicar «La Tierra». Aparecieron pocos números porque la dictadura del doctor Terra dió al traste con aquellas actividades que se iniciaban con tan buen auspicio y que probaban la posibilidad de una actividad en común entre elementos hasta entonces divergentes, incluso contrincentes. Cosa lograda cuando no prima el fanatismo y se linda o elude el prurito personal.

A nuestro juicio, una vez llegados al estadio «post-revolucionario», es decir, al momento en que las normas libres y variables del anarquismo pudieran entrar en el terreno de su puesta en práctica en una extensión y medida general y popular, nos hallaremos abocados a un nuevo periodo de lucha entre estas dos interpretaciones divergentes. Divergencia que rebasa el sentido de una diferencia de concepción sobre «las formas de organización», llegando hasta el extremo final de la diferencia entre autoridad y libertad. A no ser que de aquí a entonces, por medio de una comunidad en el contacto y en la acción; por medio de una coeducación entre las diferentes expresiones que se reclaman del anarquismo, se haya llegado a producir una transformación profunda que llegue a limitar a lo ínfimo o a liquidar por completo las reminiscencias autoritarias que, a través de algunas fracciones, se mantienen en pie.

A éso debe ir encaminada una labor sin reposo. Labor de contacto, de compenetración, de colaboración de todos y entre todos los anarquistas. Actuando cada uno desde su ángulo de interpretación; en base a su gusto particular por cada materia o género de actividad; sin obligación coercitiva; sin determinaciones de orden mayoritario, si no de orden volitivo; buscando una conjunción basada en el más libre y puro «sentido común» que es, hasta hoy, el menos común de los sentidos. Cosa lograda y practicable. Sobre todo si se tiene en cuenta que, en el fondo del fondo de las cosas no existe, como interpretación anarquista, la concepción individualista pura, negadora del humano contacto que requiere toda humana actividad. Y que la expresión de «individualista» sirve, para algunos, como «slogan» justificable de su concepción excesivamente organizativa, tan excesivamente organizativa que llega a convertirse, paradójicamente, en insciable, por sus aspectos de impo-

DESFACIENDO ENTUERTOS...

SANCHO PANZA



propósito de Gil Blas escribe Saint Victor que «es de esos libros que se leen cuatro o cinco veces durante la vida y la impresión que nos causa cambia a cada lectura. El encanto no se debilita; pero el juicio se re-forma». Esto mismo viene a decirnos del *Quijote*. Ha sido Gabriel Alomar quien mejor ha expresado esa metamorfosis de goces e impresiones que nos produce la lectura del *Quijote* en las distintas épocas de la vida. El *Quijote* tiene para cada edad, para cada momento de nuestra vida, el lenguaje adecuado. Cuando lo leímos nos hizo reír; de mozos nos encendió en abnegaciones y romanticismos el alma, y de hombres, ya en la madurez, nos hace pensar. Rubén Romero, en un hermoso trabajo titulado «Cómo leemos el *Quijote*», glosa el pensamiento de Alomar. De mí he de decir que cuantas veces leo el *Quijote* le encuentro siempre un sabor nuevo. Pero no es mi propósito escribir ahora un comentario sobre la obra de Cervantes, sino de referirme muy principalmente a Sancho Panza, tan molido y maltratado por los malandrines y demás gente airada en las andanzas compartidas con su señor don Quijote, como por esa pandilla de bachilleres, críticos y críticos que le ha deparado la posteridad.

De niño la figura de Sancho Panza en las ilustraciones de Moreno Carbonero se me antojaba ridícula. Apenas si reparaba en ella embebido como estaba en la figura del famoso caballero emprendedor de todas aquellas aventuras y acometedor de tan maravillosas hazañas. De mozo, tampoco: me faltaba el sentido práctico y utilitario y seguía, como

sición. Que la «libertad» impuesta es tan insociable como la tiranía, ya que en nada puede considerarse como libertad. Este fenómeno es observable en alguno de los movimientos de carácter nacional en los que se tiende, en su práctica de actuación, a un sentido o a una dirección uniforme. Se producen en éstos excomuniones sin número y crisis internas agudas que conducen a la disolución del movimiento atacado por este mal o a su escisión pura y simple, cuando aún quedan espíritus que no han sido atacados por el virus del autoritarismo, que en su diversas formas, es también sometimiento, ausencia de carácter, carencia del espíritu que induce a la rebeldía por la liberación personal tanto física como espiritual. Eso ocurre si no se llega, como fórmula de salvación, a reaccionar a tiempo, permitiendo en su seno el libre desarrollo de opiniones diversas, armónicas, en el fondo convergentes.

Porque divergencia, tanto en el anarquismo como en el ejemplo de la pareja humana, significa, ante todo, comprensión y respeto; afán de compenetración y de complemento; sentido de solidaridad y de apoyo; conservando siempre, íntegro y puro, el libre ejercicio de cada individualidad, sin lo cual no existe compenetración, si no sometimiento.

Persiste, pues, amigo Fedeli, mal nos pese, un fondo de autoritarismo que mantiene la idea y el afán de continuidad en la realización de los principios que informaban a los propulsores de la «Plataforma». Es un mal remediable y a ello tiende, a remediarlo, la actividad internacionalista de estos últimos años.—(Nota del traductor.)

de niño, al caballero de la Mancha, poeta excelso y rendido enamorado, capaz de todos los sacrificios con tal de merecer la más nimia de las mercedes de aquella princesa suya del Toboso. Pero ahora, que el corcel de los años ha venido a ser un pobre rocín, y gusta más de marchar al paso por los caminos del mundo que galopar ávido de horizontes como antaño, Sancho Panza ha dejado de ser el personaje de barriga ridícula y mollera vacía de ayer. Y de cuantas incursiones hago, a las tierras manchegas tan asendereadas de caminos cuán trilladas y molidas por cascos de rocines caballerescos y de rucios escuderiles, regreso contento, con un gozo que me conforta el ánimo y me aviva la fe en el idealismo de nuestros grandes locos y en la razón de nuestros grandes cuerdos. Después de lo que ven mis ojos y oyen mis oídos, en estas escapadas mías, a la zaga del caballero y del escudero por los páramos manchegos, el credo de mi fe en España ha de incoarse así: «Creo en mi señor don Quijote y en mi señor Sancho Panza, dos personas distintas que hacen al español verdadero».

No comparto las opiniones de Mayans que atribuye a Sancho únicamente la necia simplicidad del vulgo. Ni la de Lafuente que le llama ignorante y malicioso. Como tampoco puedo compartir la de Alcalá Galiano, quien sólo halla en el escudero la parte prosaica de la vida y de la mente del hombre. Y, si me apuran, rechazo la misma de Cervantes que escribe de su personaje que era hombre de bien, pero de poca sal en la mollera. No, no. Han de acabarse las exageradas distinciones que atribuyen a don Quijote tanto de idealismo cuanto de materialismo a Sancho Panza. Bien está que se alabe la personalidad del caballero siempre que la alabanza no disminuya la personalidad del escudero. Que la magnificación de don Quijote no se haga a costa de la disminución de Sancho Panza. No olvidemos que el Quijotismo del señor se nutre de las mismas savias soterrañas de que se nutre el sanchopancismo del criado. Quijotes y Sanchos están amasados de la misma arcilla. Y tan necesario como levantar la cabeza a las alturas, es a veces inclinarla hacia el suelo. «Cuando oración, oración; cuando perdiz, perdiz», aconseja Teresa de Jesús. Que si humano es elevarse sin que esta elevación nos haga perder contacto con la tierra, humano también es apegarse a la tierra sin que este apego al polvo que pisamos nos haga perder la costumbre de mirar al cielo. Don Quijote y Sancho son humanísimos, cuando afanes de un criticismo mal enfocado, no desorbitan ese humanismo, situando al primero en las esferas del idealismo rayano en lo quimérico y confinando al segundo en el área del materialismo lindante con la grosera animalidad.

Mi Sancho, no es el Sancho de esos señores. Mi Sancho es el escudero de don Quijote, aquel criado simplísimo si se quiere, pero fidelísimo a su señor en las prósperas y en las adversas fortunas. La finalidad—y fidelidad viene de *fides*—de Sancho es ya una circunstancia que de haber reparado en ella suavizaría la actitud de quienes tan mal lo tratan. Por fidelidad a su señor llega a dudar de la realidad «aparencial» y llega a creer en la realidad «ideal». La duda crea en él la fe en los pensamientos del amo. Y la razón de lo que yangueses y galeotes, curas y barberos, bachilleres y maritornes llaman locuras conmueve y tambalea

los firmes cimientos de la razón de su cordura. Hay momentos en que la locura de don Quijote y la cordura de Sancho equidistan de lo quimérico y convergen en el idealismo. Cuando en la disputa entre el barbero y D. Quijote sobre si el yelmo es bacía o la bacía es yelmo, tercia Sancho fallando que no es ni lo uno ni lo otro, sino baciyelmo. Podrá Unamuno venirnos después con que Sancho no está en lo cierto. Yo tengo para mí que lo está y aun en lo ciertísimo. Ni es solamente bacía puesto que su señor don Quijote amparó con él su testa contra las pedradas de los galeotes, ni es solamente yelmo puesto que el barbero se sirvió de ella para remojar las barbas de sus clientes. Y si el empleo en menesteres tan dispares reclama los nombres que cumplen al dualismo de sus funciones, Sancho está en lo cierto cuando las expresa en un término nuevo elaborado en su cacumen: baciyelmo. Y ved por donde un rústico campesino, sin luces académicas, pero con luz clara del páramo en la inteligencia, maneja las filologías como un consumado artifice.

Para entonces Sancho se había qui jotizado ya—aludo a la disputa—. Mas ¿qué digo? De acuerdo con Turgunef—con el que coincide Unamuno—el buen Sancho no obedece al lucro; obedece a un impulso elevado. Su fidelidad nace de una cualidad sublime que posee el pueblo: la de abrazar ciegamente una causa honrada y buena. Sancho se qui jotiza ya, al subir a la albarda del rucio y abandonar contra las prevenciones de Teresa, su mujer, la casa, para seguir a don Quijote. Lo hará, según nos dicen, tentado por la fortuna que con tan halagüeñas palabras le seduce en las promesas de don Quijote. El rústico sueña verse algún día gobernador. Y ¡qué de extraño tiene que quienes de simples golillas y alguaciles sufren las altanerías sueñen con la curul del poncio! ¡Ah, si quiera sea para bajar los humos a tantos engreídos engolillados como abundan en el gremio de chupatintas leguleyos! Y ¡vive Dios! que como gobernador Sancho hace las cosas limpiamente y a derechas. Oigamos lo que de su gobierno escribe Hurtado: «Fué íntegro y tan a las veras tomó el cumplir con su cargo que ni asomar dejó la codicia». Pero oigamos al propio don Quijote que pondera sus aciertos en una carta, cuyos son estos párrafos: «Cuando esperaba oír nuevas de tus descuidos e imper tinencias, Sancho amigo, las oí de sus discreciones, de que di, pasmado, gracias particulares al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres y de los tontos hacer discretos. Dicen que gobiernas como si fueses hombre y que eres hombre como si fueses bestial, según es la humildad con que te tratas». La loanza en otros labios que no fueran los de don Quijote no tendría mayor valor. Pero en boca de aquel caballero, espíritu justiciero, aristocrático y señorial, ya es un buen testimonio de los méritos del nuevo gober-

nador. Don Quijote no prodiga sus paternas elogios al escudero, sino es merecidamente.

«La insula prometida a Sancho llega—escribe Saint Victor—y cuando éste se instala en ella ha completado ya su educación. La bestia se ha convertido en hombre. Y una partícula de don Quijote anima de aquí en adelante la grosera naturaleza del criado. Sancho juzga como Salomón y como Haroun-al-Raschid: la sabiduría del Oriente habla por su boca». Y en el viaje a lomos de Clavileño Sancho está qui jotizado. Pero antes ya, ¿habría don Quijote hecho su segunda salida, si Sancho no interviene? Con razón Unamuno concluye identificando en cierto modo a caballero y escudero cuando escribe: «Si el caballero estuvo enamorado de Dulcinea, no menos lo estuvo el escudero, con la circunstancia de que aquel salió de su casa movido por el amor y la gloria y éste acabó siendo, en el fondo, y aunque él no lo creyera, uno de los hombres más desinteresados que haya conocido el mundo». Desde la segunda parte, es decir, en su segunda salida, ha decrecido ya la glotonería de Sancho, se suaviza su grosería y se afirma cada vez más la fidelidad al amo. Le ama, dice Saint Victor, por su misma locura cuya grandeza presiente. Y de su amor al señor el mismo Sancho da fe: «Hemos nacido en el mismo pueblo, he comido su pan y le quiero. Es imposible, pues, que nada nos separe hasta que la azada y la pala nos caven el último lecho». En resumen, Rodolfo Rucker no sabe separar a don Quijote de Sancho Panza hasta el extremo de que en una invocación al caballero manchego dice: «A no ser por el buen Sancho, la poesía de tu empresa habría terminado con un hecho demasiado prosaico».

He dicho poesía y aquí viene como anillo al dedo, la aventura de Clavileño a la que antes he aludido. Quiero reproducir unos párrafos de Sancho, si quiera sea para contradecir con ellos a quienes sólo le atribuyen una barriga llena de... materialismo. Sancho explica su vuelo como podría hacerlo un poeta sin gongorismos, modernistas. Oigámosle: «Y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas, y en Dios y en mi ánima que, como yo en mi niñez, fui en mi tierra cabrerizo, que así como las vi me dió una gana de entretenerme con ellas un rato. Sin decir nada a nadie, ni a mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entré con las cabrillas que son como unos alielies y como unas flores, casi tres cuartos de hora».

¿Qué tal amigo lector? ¿No hay poesía en estas palabras de Sancho? Más gusto yo de la emoción ingenua de este rústico que de toda la policromía pirotécnica de los Pablo Neruda, hoy en boga.

Mariano Viñuales



EL ANARQUISMO ENTRE LOS ESQUIMALES



LOS adversarios del anarquismo, frecuentemente han pretendido que el sentido de la autoridad es innato en el ser humano, y que, por consiguiente, el hombre no puede vivir al margen de la autoridad. No obstante, por parte de los anarquistas, y como refutación a una tal aseveración, se ha señalado la existencia de sociedades primitivas, en las que se ha vivido y se vive sin necesidad de un Gobierno. Indudablemente, la existencia de tales sociedades, inconscientemente anarquistas, prueba de un modo fehaciente que el ser humano puede vivir en fraternidad de relaciones sin la discutible ayuda de una autoridad externa, y, por consiguiente, no existe una innata necesidad de ser gobernado. Es menester, no obstante, agregar que la mayor parte de los anarquistas encontrarían desagradables ciertas costumbres puestas en vigencia en tales sociedades primitivas, y que, naturalmente, ellas no existirían en una sociedad conscientemente libre, como propiciamos en nuestro ideal. Pero, hecha esta observación, la descripción de usos y costumbres existentes en determinadas sociedades primitivas evidencia lo que consideramos los anarquistas tiene viable posibilidad.

Una de las descripciones interesantes a este respecto es la que ha aparecido, con fecha 1.º de marzo del presente año en la revista «Maclean's» que se publica en el Canadá. El autor del trabajo aludido, Farley Mowat convivió con una tribu insular de 40 esquimales, pertenecientes a los Ithalmiut, los años 1948 y 1949. Los Ithalmiut, en su conjunto, viven aisladamente, con escaso contacto con el mundo exterior. Habitan en los llanos del distrito de Keewatin, desenvolviéndose en una especie de anarquismo comunista primitivo.

Tras de explicar en qué condiciones pudo tomar contacto y relacionarse con los Ithalmiut, rompiendo la costumbre, por parte de aquellos, en la no relación con gentes de otra raza, Farley Mowat escribe: «La primera de las leyes hechas costumbres, y que son fundamentales en el país, consiste en apreciar que el trabajo es algo sagrado para cada uno, no debiendo nadie inmiscuirse en las ocupaciones de su vecino. No obstante, ello no supone, en ningún caso que le sea negada la ayuda al que de ella tenga necesidad. La segunda, y posiblemente, de hecho, la más importante ley de los moradores de esta apartada comarca groenlandesa (y hagamos constar que el autor denomina ley a lo que nosotros llamaríamos costumbres), consiste en que mientras haya viveres, vestidos, o, en fin, algo material en no importa cuál de las viviendas (a modo de tiendas de campaña) no puede admitirse que exista quien carezca de ello.

«Una tal creencia—agrega el autor—ha llevado a que se consideren en sentido de comunidad las cosas materiales, y ello en el aspecto más real de la palabra. No obstante, la propiedad individual subsiste aún, cosa que resulta una paradoja difícil

de comprender. A ello puede dársele la siguiente interpretación: cada artículo de vestido, de trabajo, etc., es la propiedad exclusiva de una persona o de una familia. Pero si, por ejemplo, un extranjero carece de una de las armas de caza empleadas, supongamos una lanza u arpón, puede tomar para su uso particular no importa cuál. No está obligado a pedir el permiso del propietario, aunque usualmente lo haga. En todo caso ninguna recompensa por ello se espera. Puede devolver o no el objeto cuando de él haya hecho uso, pues, de momento, constituye su propiedad y no como algo que le ha sido prestado. Evidentemente, no es costumbre abusar del sistema. Empleándolo con discreción, y solamente bajo la presión de necesidades reales, ha contribuido en gran manera a favorecer la apacible convivencia humana en aquellas tierras estériles.»

Mowat describe a continuación lo que llama la «Ley de la Vida» de los Ithalmiut, poniendo de relieve cuán raro es que se dé el caso de crímenes entre ellos. «Las dos leyes no escritas que ya he mencionado—dice—van unidas a las demás leyes, que más bien pueden denominarse costumbres, puesto que no existe medio coercitivo para hacerlas cumplir. Posiblemente es la naturaleza flexible de las leyes en cuestión, ajustadas, en este caso, a preservar la individualidad, que explican una característica tan importante como la ausencia de crímenes entre ellos.»

«Muchas obras históricas se han escrito en torno a los Ithalmiut (nombre que, por otra parte, todo esquimal posee y que literalmente significa hombre). Pero existe la particularidad de que las demás tribus de esquimales designan a los Ithalmiut con un apelativo que significa «los extranjeros». Casi en todas las historias que a los Ithalmiut hacen referencia se insiste en el hecho relativo a las desviaciones de los esquimales al respecto de los códigos morales que nosotros, los blancos, tenemos establecidos. Los cuentos de canibalismo, de reparo de mujeres, de crímenes, de infanticidio, de crueldad, de robos, aparecen con frecuente monotonía en las historias árticas. Ellas no sirven solamente como elemento sensacionalista sino que representan una a modo de justificación popular de la intrusión del hombre blanco justo y equitativo en la vida y costumbres de los esquimales.

«Tomemos como ejemplo el crimen, en el período de los últimos veinte años, si observamos el número de crímenes cometidos por los esquimales comparándolo con los cometidos en no importa qué provincia del Canadá, o en cualquier Estado de U.S.A. comprobaremos cómo el homicidio es una rareza, un fenómeno, entre los Ithalmiut. Además muchos de los sedicentes crímenes esquimales en realidad no representan otra cosa que el hecho de dar la muerte como una medida de misericordia, impuesta por la terrible necesidad, como en el caso del paciente que sufre lo indecible, víctima de dolencia incurable. Entre lo que puede denominarse homicidios, la mayoría están en relación directa con el comportamiento criminal de los hombres blancos,

visitantes que no se contentan tan sólo con amenazar, lo cual produce en los naturales un estado tal de terror completamente al margen de todo razonamiento, ya que la inteligencia del esquimal no alcanza a comprender el sentido de un determinado comportamiento que con respecto a él se lleve a efecto. No conozco ningún caso auténtico de esquimal que haya matado a un hombre blanco por móviles de venganza o por afán de provecho. Ha sido tan sólo motivado por la legítima defensa, por equivocada interpretación de una situación dada. Casi siempre la base de hechos de esta índole ha obedecido al miedo.»

El autor prosigue relatando algunas de las causas de estos raros casos de crimen, entre los cuales destaca un hecho de venganza y el producido con motivo de una enfermedad conocida con el nombre de «fiebre ártica». Mowat entresaca de ello la siguiente conclusión: «Lo que deseo subrayar es que el asesinato por motivos de provecho, de lucro, o por razones estrictamente personales y a sangre fría son completamente extrañas al espíritu del Ithalmiut.»

La cuestión del infanticidio está relatada de un modo razonado. El autor pone en evidencia las condiciones, con frecuencia terribles, en las que se ven obligados a vivir esos pueblos primitivos. Ellas son las que condicionan el valor de la vida. El cazador es el miembro máspreciado de la familia, siguele su mujer (o si hay más de una mujer, la más joven), sus pequeños, y en último lugar los viejos. El autor comenta:

«Las dificultades condicionan de un modo frío, inexorable, la vida de los seres. ¿Quién puede atender a los pequeñuelos cuando la madre ha tenido que marcharse? Tan sólo el viento y la nieve. ¿Con qué la esposa puede alimentar a su familia cuando no hay el hombre para traerle la provisión de carne de gamo necesaria? Solamente le quedan las lágrimas y la dura sensación de morir.»

«La lógica que regula la vida en esa tierra estéril es inexorable, tan inexorable e inevitable como la muerte. Y, no obstante, pocos son los Ithalmiuts que, en circunstancias decisivas, no ensayan desesperadamente de escapar al horror de ver a un ser querido partir para siempre en la noche invernal. El amor en no pocos casos ha podido vencer a la lógica.»

El autor termina su descripción de las costumbres impuestas por la necesidad, entre los esquimales, con las siguientes consideraciones:

«Que los moralistas pueden ofrecer sus principios como una mercancía, señalando a los Ithalmiut como un pueblo bárbaro y bestial, destruyendo a sus propios hijos. Que prediquen el amor del hombre blanco para con los salvajes esquimales. Pero que guarden sus hipócritas declaraciones del oído de individuos de una raza que, en la carne propia, ha experimentado los efectos de presuntos heraldos de civilización.»

Luego Mowat se extiende al respecto del «escándalo» de la promiscuidad sexual en esos pueblos primitivos. Y dice:

«Sé, por propia experiencia de la vida entre los esquimales, que la promiscuidad entre los Ithalmiut no puede ser comparada con la doblez y falsedad de costumbres predominantes en nuestros países. Los juegos eróticos, es cierto, son comunes entre los niños, pero no se hacen jamás a escondidas para resultar una cosa sucia y obscena... Las mujeres de alquiler, las clandestinas experiencias sexuales, la mascarada de los que se han unido por la Iglesia, todo ello pertenece a nuestra raza y no

a la de los Ithalmiut. Contrariamente a la opinión vulgarizada, en lo que a los esquimales hace referencia, y en lo que al aspecto sexual se refiere, no se trata de que el primer venido pueda acostarse enseguida con la compañera de aquel que le hospeda. Solamente entre primos y amigos íntimos se considera como algo normal ese a modo de intercambio sexual. Así tenemos, por ejemplo, que cuando un esquimal tiene que realizar, para ir a la caza o a otros menesteres, un largo viaje, acostumbra a dejar a su esposa en casa para preservarla de los peligros del viaje. Cuando llega a destino y es a la mansión de un primo o amigo, éste con el pleno consentimiento de la esposa de aquél, puede ofrecerle alternar sexualmente con la propia esposa durante los días de estancia.»

«No existe problema de paternidad entre los Ithalmiut. Sean unos u otros los padres, es el niño por sí el que cuenta. Para el marido la cuestión de preocuparse por el hecho de la paternidad es considerada como una locura. Evidentemente puede ello ser estimado como conducta impropia de civilizados, pero ¿es acaso tan bárbara como la de repudiar a los hijos bastardos, quienes tienen que llevar a lo largo de toda su vida el estigma del «pecado» de sus padres?»

La parte más interesante de lo expuesto por Farley Mowat es posiblemente aquella a la que dá como encabezamiento «La Amistad en la Anarquía», no obstante el persistente uso de expresiones como «ley», «rompimiento de la ley», «crímenes», etc., expresiones que, salta a la vista, no guardan relación alguna con el sentido que a ellas damos en nuestra sociedad.

«Los Ithalmiut, después de todo no son más que hombres, y como tales es de comprender que no son infalibles y, por lo tanto, tienen defectos como no hay raza de hombres que no los tenga. Pero hay en esos hombres a modo de una fuerza interior, un sentido moral que les hace ver como innecesarias las leyes existentes entre nosotros, para la seguridad de los medios de vida. No existe entre ellos organización alguna que represente poder, autoridad. Ningún hombre, ningún cuerpo armado existe entre ellos. No hay consejo de ancianos; no hay policías. No existe asamblea gubernamental, y en el más estricto sentido se puede decir que los Ithalmiut viven de un modo anarquista: puesto que ni tan siquiera poseen un inflexible Código de leyes. Estos pacíficos esquimales están unidos por vínculos de amistad, y el secreto de ello estriba en el esfuerzo cooperador. No se trata de una obediencia ciega, o una obediencia dictada por el miedo. Es el acuerdo inteligente, convergiendo hacia lo que representa para todos plausible finalidad del vivir.»

El escritor prosigue mostrando que, incluso cuando el individuo incurre en trasgresión de esa especie de código no escrito, no se desencadena contra él la venganza social. Incluso en los casos en que haya quien se niegue a compartir con su compañero el gamo que ha muerto, ningún acto de represalia se lleva a cabo. La cólera susceptible de conducir a la venganza, es cosa que, a los ojos de los Ithalmiut, tiene un carácter salvaje e inhumano. Si un individuo rompe constantemente las costumbres de la comunidad se le hace objeto de ostracismo. Ello trae como consecuencia el que, cesando en sus transgresiones, entre en la vía del buen sentido.

Quien desgraciadamente se halla expuesto al infortunio que supone, por razones de incapacidad física o mental, el no poder llevar a cabo la parte

de trabajo que le corresponde, sus compañeros tienen para con él la comprensión y paciencia; y el trabajo que él no puede realizar lo efectúan los demás sin que se le haga objeto de manifestaciones de desprecio o se tienda a ridiculizarle.

Como se ha indicado ya al principio de este trabajo, la existencia de sociedades como la descrita, en resumen, prueban que el ser humano no tiene ninguna necesidad innata de ser gobernado por sus semejantes. Todo lo expuesto no significa, por supuesto, que la sociedad libre hacia la cual nos encaminamos tenga necesidad de reproducir ciertas costumbres de las puestas en uso por los primitivos. Los Ithalmiut han sido visiblemente in-

fluenciados por los pueblos «civilizados», como nos lo muestran ciertas referencias del escritor citado, refiriéndose a creencias mágicas o religiosas. Las autoridades canadienses tienen puesta la vista en ellos interesándose que se mantengan bajo el timbrado de un sistema legal. De ahí que bien puede decirse no se hallan del todo emancipados de la influencia corruptora y autoritaria del mundo exterior. A pesar de todo ello, prosiguen en lo posible, en su anárquico modo de vivir. ¡Buena suerte para ellos!

S. E. P.

(Traducido del inglés, por Libertad Cavielles.)

Ideario de BALTASAR GRACIAN

∞ La esperanza es gran falsificadora de la verdad; corríjala la cordura.

∞ El arte de mover voluntades más consiste en destreza que en resolución; un saber por donde se le ha de entrar a cada uno. No hay voluntad sin especial afición y diferente según la variedad de los gustos.

∞ Deje de hacer lo indecente, más por el temor de su cordura que por el rigor de la ajena autoridad. Llegue a temerse y no necesitará del ayo imaginario de Séneca.

∞ Nervios y hueso hay en el cuerpo; no sea el ánimo todo blandura.

∞ Siempre ha de haber novedad con que lucir, que quien cada día descubre más, mantiene siempre la expectación y nunca llega a descubrir los términos de su caudal.

∞ Ninguno hay tan perfecto que alguna vez no necesite de advertencia.

∞ No aguardar a ser sol que se pone. Máxima es de cuerdo, dejar las cosas antes que los dejen. Sepa uno hacer triunfo del mismo fenecer, que tal vez el mismo sol, a buen lucir suele retirarse a una nube, porque no lo vean caer, y deja en suspenso de si se puso o no se puso.

∞ Viva el discreto como pueda, si no como querría. Tenga por mejor lo que le concedió la suerte, que lo que le ha negado.

∞ No es necio el que hace la necesidad, sino el que hecha, no la sabe encubrir.

∞ Poco provecho agradarse a sí, si no se contenta a los demás, y de ordinario castiga el desprecio común la satisfacción particular. Débese a todos el que se paga de sí mismo. Querer hablar y oírse no sale bien; y si hablarse a solas es locura escucharse delante de otros será doblarla.

∞ El que ya se conoce, socorre con la consideración a su flaqueza, y el discreto de todo sale con la victoria.

∞ Librarse de las necesidades comunes es cordura bien especial.

∞ El sabio sabe que el norte de la prudencia es portarse a la ocasión.

∞ Ceban la expectación pero nunca desengañarla del todo; promete más lo mucho, y la mejor acción deja siempre esperanzas mayores.

∞ Todo lo alcanzan méritos de simpatía, persuade sin elocuencia y recaba cuanto quiere, con presentar memoriales de armonía natural.

∞ Háse de pensar despacio y ejecutar de presto; ni es segura la diligencia que nace de la tardanza.

∞ Siempre hablar atento causa enfado; siempre chancar, desprecio; siempre filosofar, entristece, y siempre satirizar desazona.

Como he trabajado

«A LA CADENA»



COMO queréis que hayan historias en casa Ford? Allí todo se arregla con la cadena, sólo se conoce la cadena, no se trata más que de ella. Se somete o se dimite. ¿Los contramaestres? ¿Los inspectores? ¿Los jefes de equipo? ¿Los jefes de talleres? Esos son los portavoces de la cadena, nada más. Tenéis la segunda capa de superficie a pasar sobre las carrocerías. Cargáis demasiado. Eso ocurre. No hay mucha claridad en la cabina. La aspiración es mala. Una nube roja os envuelve. Y los pigmentos no son buenos para respirar. Vuestro pistolete engrasado salpica. También estáis todos llenos de grasa, hasta por dentro. Para limpiaros la garganta carraspeáis. Los coches se siguen. No tenéis tiempo de limpiar vuestro pistolete. Os enerváis. La cadena sigue su movimiento. Es necesario seguirla. ¡Pchuit!, ¡pchuit!, ¡pchuit! El pistolete salpica y salpica de la mejor manera. Ahora va a ser el drama. Y esta mano que pesa. Este puño que se rompe. ¡Y pensar que aún hay para dos horas de tener esta pistola en mano. Este puño que se rompe, ¡demontre! Total, que no tenéis vuestro útil en la mano. Habéis cargado demasiado la capa. A la carrocería siguiente cambiáis de táctica. Temiendo poner demasiado apresto no ponéis el suficiente. Los coches están ya en el túnel de secado. Aires calientes. Ya han salido a la otra parte. Los pulidores están allí repasándolos como fieras. Esponjas y papel de esmeril. Y frota que te frota. Tienen los brazos en biela. A cada sacudida del brazo la cabeza se balancea sobre el pecho, como si estuviera medio despegada. Las capas, excesivamente cargadas, les dan demasiado trabajo. Ha pasado el tiempo. El segundo coche muestra sus narices fuera del horno. Hay que descolgarlo y hacer sitio y kay que colgar el precedente a la cadena de pulimentado. Y capa de laca. Sobre el apresto demasiado espeso. El disolvente de la laca despega el apresto. Esto no se ve de momento. Mas tarde se agrietará. O a otro pulido; habrá remiendo. O habrá falta de adherencia por nlacas. Y frota que te frota. Pero la cadena de pulimento ha tenido un vacío. ¡Juzgado! Pero, ¿el inspector de cadena ha visto una grieta después de la segunda capa de esmalte en frío? ¿De dónde viene? Está averiguado. Apresto demasiado cargado Bronca a los aprestadores. A la próxima, borrado de los cuadros. El segundo coche es pulido en un abrir y ce-

rrar de ojos. La plancha aparece allí, donde la capa de apresto era demasiado fina. La laca no podrá adherirse. Nada de retoques. Si es grave, limpiar y devolver a la cadena de apresto. Vacío en la cadena. La cadena se queja. He aquí todo lo que se puede discernir del trabajo en casa Ford, cuando se está en una de las cabinas de apresto con un tipo enmascarado por vecino, enmascarado como usted y otros autómatas rápidos, tan extraños a usted durante el trabajo como cualquier otro mecanismo. En cuanto al jefe, ni siquiera es de vuestra raza. «¡Al-ló boy!», por aquí; «¡Al-ló boy!», por allá. Sin embargo, no hay más que volverse para ver toda la fábrica. Se la divisa hasta la confluencia de las cadenas de los chasis y de las carrocerías. Después están los cuacs. Cuac, cuac, es el grito de nacimiento de los 14 H. P. Cuac, ya está fuera, ya rueda; cuac, cuac, cuac, grito de guerra de Ford a la Europa; cuac, cuac, una nueva máquina de guerra Ford! entra en la danza. Y somos nosotros los que la hemos hecho. ¿Qué diablos se hace aquí? Ganarse el mendrugo. Caemos en las consideraciones generales...

¿SE QUEDARA?

¿Queréis algunas notas, algunos recuerdos? Tomad; veis cuán clara es la fábrica, cuán limpio está todo en derredor, cuán sencillo; conocéis también la tinidez de las relaciones entre la Dirección y el personal; nada de combinaciones, nada de compadrazgos, nada; aquí y allá, «borregos»; pero, en el conjunto, todo está acoplado. ¡Pues bien! Al entrar, desde la admisión, todo lo que sabéis del asunto y lo que veis en la fábrica os precipita en un baño de probidad implacable. Aquello os viriliza y al propio tiempo os parte el corazón. ¿Lo que es? Pues, ante todo, aquel dolor conocido, el de todas las fábricas de autos. Pero, al pasar, miráis las cabezas. Nada contentos, los hermanos. Y tienen el aire de soltar un golpe. Tenéis que decir: la apariencia de la casa y el vientre son dos.

Se os entregan números para sujetarlos con alfileres sobre el pecho. Se tica (se marca la hora de entrada en la tarjeta individual). Se experimenta la sensación de no ser va un hombre. A mí me han dado el 580. Reemplazaba a otro 580 Cuando me marche, otro pondrá esta plaquita grabada so-

bre su pecho. Ella resulta un mundo. Si la tocarais, sentiríais emoción. En el vestuario, nos quedamos estupefactos. Nada de aquellos armarios donde se colocan las ropas cotidianas, los últimos refugios de la intimidad en las fábricas. Interminables palomillas, a las cuales, como ropas tendidas a pleno aire, estaban suspendidas centenares de vestimentas. Nos enfundamos en nuestros buzos azules y nos dejamos conducir a nuestros sitios. El golpe del vestuario nos había dejado casi aniquilados. ¿En qué se habían convertido nuestras individualidades? Las cadenas marchaban. Los camaradas nos miraban preguntándose, teniendo aspecto de preguntarse: «¿Se quedará? ¿No se quedará?»

Los equipos trabajaban a toda velocidad. Nos indicaron nuestras atribuciones. Los coches pasaban. Un ritmo imperioso se había apoderado ya de nosotros. Cuando, al final de la jornada, se paró la cadena, nos preguntábamos si aquello era verdad. Volvimos a encontrarnos en el lavabo. Teníamos ganas de descargar en palabras del peso de aquellas ocho horas de trabajos forzados. Y, sin embargo, no nos decíamos nada. Nos mirábamos y sentíamos ganas de reír, pero no teníamos ni siquiera el recurso de la risa. Estábamos tiznados como deshollinadores. Teníamos un velo de pintura sobre el rostro. Teníamos un emplasto negro sobre los ojos y alrededor de la boca. Llevábamos aún nuestras caretas pendientes del cuello. Su cau-chú se nos había fundido sobre la cara, tanto disolvente había en el aire de nuestras cabinas. Estábamos maravillados de haber salido de aquella nube de pigmentos y acetatos. Pusimos la cabeza bajo el grifo para limpiarnos la cara. Las manos se negaban a recobrar su blancura. Se preguntaban si nos íbamos a ir lisa y llanamente tal como estábamos, con nuestros buzos; no quedaban ya fuerzas para subir al vestuario y mudarse. ¿Si nos hubiéramos marchado con nuestras caretas al cuello? ¡Hubiéramos hecho un efecto! La gente hubiera dicho: «Pero, ¿de qué guerra vuelven estos?»

AL RITMO DE LA CADENA

A la salida, el portero nos interpela con acritud. Decía que nos habíamos retrasado para ganar media hora en la tarjeta. Pensamientos de perro.

Durante las dos jornadas que siguieron, fui ocupado en pulir y pintar. Estaba muy justo, si es que llegaba, el tiempo para hacer casi apropiadamente el trabajo en cada coche. Las carrocerías se sucedían, tocándose unas a otras. Parecía que la cadena iba cada vez más de prisa. Debíamos esta impresión a nuestra fatiga. El inspector, el jefe de equipo, el contramaestre, nos hostigaban tanto como ella, lo que hacía adelantar las cosas. Parecían sentir que no fuéramos por completo al ritmo de la cadena. Temían que un inspector de las cadenas siguientes descubriera fallos. Súbitamente se sentían ganas de tirar las herramientas y marcharse. El acceso nervioso pasaba. Se volvía a poner uno a sudar. Insistían como avispa. Se adoptaba el sistema de darles la razón. Invariablemente se respondía «Sí», conteniéndose para no gritarles «¡Mierda!» Sin embargo, no tenían caras de mala persona. Estaban cogidos en el engranaje. Cada vez que me asaltaban las ganas de huír, contaba:

«Ocho veces nueve, setenta y dos.» Setenta y dos francos: siempre era bueno ganar esto. Había que acabar la jornada.

De cuando en cuando nos buscábamos con la mirada. Hacíamos «uf». Nos lanzábamos una sonrisa desengañada. El jefe, un americanote que tenía la gracia de un gorila, corría hacia nosotros con paso simiesco, y levantando una de sus largas manos pendientes, que casi le tocaban los pies, nos señalaba la cola de coches lanzando un ladrido intraducible. Por lo menos habíamos tenido tiempo de quitarnos la careta. El esfuerzo había crispado las facciones. La fatiga parecía haber fundido los ojos. No había más que una pasta gelatinosa llenando las órbitas. Los pulidores no se pasaban siquiera la mano por la cara para enjugarse el sudor. Los de los pistoletos renunciaban a sus caretas que los ahogaban sin protegerlos. Todos tenían cabezas de forzado. Yo sentía que comenzaba a semejarles. Nunca me había imaginado que se pudiera hacer trabajar así a los hombres, si no habían, por lo menos, asesinado. Jamás había podido creer que el trabajo pudiera convertirse en una cosa tan terrible. ¡Y, sin embargo, yo había sido contramastre!

En el fondo, todo esto no tiene gran interés. Sólo es en la casa Ford donde se revienta. Evidentemente, se tiene el consuelo de hacer coches sólidos. Tened un incidente que iba a olvidar. El día de la visita médica. Todos los contratados de la semana. Seis. El ordenanza—un americano—nos mira desdenosamente y con una voz imberbe—su voz nos producía realmente la impresión de ser imberbe como él. «Desnúdense ustedes.»

Seis camisas en el aire. Seis hombres desnudos. El doctor llega. Nos lanza una mirada por encima. Mira al ordenanza.

—¿No hay más que estos seis?

Yo no sé cuál fué la impresión de mis vecinos, pero sé que aquel «éstos» no lo olvidaré jamás.

—¿No hay más que estos seis?

¡BUENOS PARA LA USURA!

En efecto, no habían ya seis hombres. No estaban ya allí Juan Brenot, Gustavo Planche, Marcello Fevrier y otros; no estaban ya el ciudadano Juan Brenot, el ciudadano Gustavo Planche, el ciudadano Marcelo Fevrier; eran el 515 de la cadena de montaje de chasis, era el 312 de la cadena de lavado, era el 276 de la cadena de apresto, era el 786 de la cadena de rematado de carrocería. Eran seis eslabones de cadena. ¿Cómo designar aquello Seis formas de hombre con buzos azules, con gargantas anónimas, con corazones anónimos, esperanzas anónimas y pies anónimos. ¿Los seis «éstos»? ¿No es eso? Estamos de acuerdo. Y no es porque estuviéramos en cueros por lo que habíamos vuelto a ser Adanes. El señor doctor no tenía que juzgar según la medicina humana, sino según la medicina Ford, y hasta desnudos, llevábamos en reflejo sobre nuestros pectorales el número de nuestra plaquita grabada.

Hubo un despedido. El de más edad de nosotros. Tenía defectuoso el corazón. Nada de cardíacos en su puesto. El hombre se había presentado en casa Ford después de haber pateado las aceras durante algunas semanas. Nada de empleo en ningún sitio. Ford, el último recurso. Sabía bien que no podría estar más que hasta la visita, si el doctor descu-

bria la debilidad de su corazón. Sin embargo, abrigaba una esperanza de humanidad por parte del doctor, es decir, de la parte de Ford. Su colocación se le escapaba de la mano. Le vimos palidecer. Marchó al vestuario sin decirnos ni adiós. Hubiera sido inútil suplicar. El médico se pasó la mano por los ojos con tristeza. Nosotros nos restituimos a nuestras cadenas. Nosotros éramos buenos... para la usura.

UNA VISITA

Otro incidente. Una tarde. Hacia las tres. La visita de la fábrica. Una pequeña caravana de bobos entre las cadenas. Nosotros no los mirábamos. Nada interesante eran aquellas gentes. Sus maneras de venir a mirar trabajar a los otros, ni hasta para instruirse. Si estaban demasiado rato mirándonos, sentíamos sublevarse nuestros nervios. Después nos dábamos cuenta. No es que venían por nosotros. Acudían para rendir homenaje al genio y a la gloria de Ford. A su edad bien se le debe esto. La misma tarde ya nos habrían olvidado a todos, para celebrar su genio y ensalzar «la admirable organización de una fábrica americana». Y después de todo, es necesario que hayan obreros. Pero, incidente mínimo. Entre los visitantes, una joven. Bien plantada. Sencilla y muy elegante. Claramente voluptuosa e inteligente. Yo estaba en el fondo de mi cabina, en medio de una nube opaca de pigmentos oscuros, sucio de pies a cabeza, el gorro bien hundido, hasta los ojos, el cuello levantado, el cinturón bien apretado, la careta sobre las narices, el pistolete al puño. Un conjunto completamente feroz. La joven me vió salir de la sombra con estupor. La miré unos segundos como ella me miró. Me quité la careta, como para demostrarle que, bajo aquella máscara infernal, había aún un hombre. Me parecía que hacía aquella demostración en nombre de todos mis camaradas. Sus ojos se llenaron de no sé qué turbación. Puede que estuviera a punto de descubrir lo que eran los obreros. Eso se descubre a toda edad. Hay también quien no lo descubre nunca. Ella no prestaba ninguna atención a las explicaciones del guía. Me pasé un trapo por la cara y aparecí más claro. Ella me miraba siempre. Tomé un litro de leche y bebí a grandes tragos. Su mirada bajó. Quedó inmóvil, pensativa. Sin duda la conmovió el ver que se bebía también a grandes tragos la leche como contraveneno; la misma leche que, por la mañana, hacía las tranquilas delicias de su desayuno. Volví a ponerme la careta sobre el rostro. Ella me miró rápida para ver, aún una vez, mi rostro de hombre. La visita se alejó.

¡ESTO ES HERMOSO, LA CIENCIA!

Esta vez, un pequeño drama. Un día, no sé cual. Pleno rendimiento de la cadena. Un cascarón de torpedo tiene un gran balanceo. Rasca el suelo con su trasera. Suelta ecos de plancha y queda pendiente por su parte anterior. Toto, mi vecino, sale de su cabina y mira si no es la cadena de suspensión lo que ha cedido. Se quita su careta y me lanza una sonrisa.

—¡Qué oportunidad!

Era la cadena que se había roto. Toto repetía:

—¡Descanso!, ¡descanso!, ¡descanso!, ¡que no ha sido robado!

Los jefes vienen a discutir el caso, bajo de la cadena. Hacen grandes gestos patéticos. Nosotros no tenemos seguramente el aspecto de darnos cuenta de la gravedad de la situación. El contraamaestre brinca hacia nosotros y se nos queda mirando fijamente. Nosotros estamos demasiado laxos para tratar de ocultar nuestras impresiones. El grita:

—Hay para media hora.

—¿Y qué?

Le respondemos esto con todo nuestro corazón ¡Seguramente que va a perder la cabeza! Se pone a recorrer nuestras cabinas como un loco.

—¡Hay para media hora!

—¿Y qué?—una vez más.

El americano simiesco viene a hacernos una mueca consternada en las narices. A su llegada, el contraamaestre vocifera:

—Entonces, ¿vais a estar media hora sin hacer nada?

El americano da media vuelta satisfecho. El contraamaestre ha comprendido que el honor de la América está comprometido. Me salta encima, me toma de un brazo, aprieta como un cangrejo y me lleva a paso de carga al pulido de los capós. Esponja, cubo, papel de esmeril y capó y capó y diviértete. ¡Nada más que por el gusto de ver a un tipo frotar. ¿La cadena se para? Sea, pero los brazos, esos no se pararán. ¡En qué pararía el ritmo el conjunto del taller! No resulta de ninguna utilidad echar mano a los pulidores de capós, puesto que, habiendo parado la cadena media hora tienen media hora para liquidar su trabajo, lo que no les ocurre muy a menudo. Pues bien, eso no es cierto. Están de tal manera desbordados en el pulido de los capós, que no sentirán el beneficio de esa media hora. Poned un hombre más entonces—piensa usted—. Principio físico. Sacar el máximum de un hombre. ¡Esto es hermoso, la ciencia!

¡GIRA, CADENA!

Aquella tarde tenía yo los nervios de punta. Me había prometido zurrar a alguien para calmarme. Y aquel deseo era tan imperioso como la sed, el hambre o el amor. Me olía cada vez más que iba a romperle la cara a Pedro, el contraamaestre. Nada más que por la jugarreta de los capós. Y aquello iba a ser una paliza soberana. ¡Qué estallido fulminante! Uno de esos estallidos que un día podría alcanzar muy bien a cien mil y algunos cien mil más. Le alcancé en el muelle. La fatiga de la jornada lo había encogido. Llevaba un gabán de modesto corte y un sombrero negro, como el que llevan los labriegos para ir una vez al año a un entierro. En su bigotillo cepillado llevaba una melancolía casi simpática. Me hizo entrever cuán lastimoso estaría un Charles Chaplín en un papel de contraamaestre. ¡Pero llevaba tan burlescamente su tristeza! Me lo imaginaba deambulando con un anuncio en la espalda.

—Señor Pedro.

Sus facciones estaban grises y rígidas. Sus ojos neutralizados.

Su sombrero se mantenía tan chuscamente sobre su cabeza, que se le hubiera creído plantado sobre sus orejas. Estaba conmovedor y delicioso. ¡Pobre marioneta! Me entraron ganas de cogerlo en brazos y acariciar sus miembros de madera de polichinela desamparado. No, no era aquél hombre al que se pudiera odiar.

Al día siguiente estaba calmado, y al encontrar-

me de nuevo en la cadena, tuve como un canto de resignación furiosa que sentía ganas de entonar a gritos. Mis dientes se apretaban con fuerza apenas suficiente para impedir escapar a las palabras. ¡Y gira!—decía yo—, ¡gira con tu regularidad magistral; ¡gira con tu débil murmullo rechinante y sordo; ¡gira con tu rumor, en tu monotonía horripilante! ¡Hola! ¡Semiautomata! ¡Formas de hombres, paquetes de músculos, ropas sucias y rígidas, semiautomatas silenciosos y rápidos, camaradas de los ojos de vidrio impuro, hola! ¡Marcha eso? ¡Y gira, cadena! ¡Morded, dientes de la cadena! Morded los días, nuestros días, nuestras vidas, la vida, como las muelas de molino; gira cadena insípida sobre la cadena sin alma de los autómatas; gira bestialmente sobre nuestras cabezas, como una corona voltijante que apretara todas estas sienas, que las pulverizara con todos sus dientes, con todos sus florones, como una cadena de hierro de las torturas inquisitoriales. ¡Abjura el espíritu! ¡Yo giro! ¡Abjura! ¡Yo aprieto! ¡Yo muerdo! ¡Gira bestialmente sobre las cabezas de nuestra bestialidad; gira por el oro y por la muerte, con tu rumor sin acento; gira, pobre mecanismo lógico y genial, pobre maravilla que no has sabido inspirar a los hombres su ronda, su canto. No existe aún la canción de la cadena! ¡Nada nuestro te hemos dado! ¡Gira, pobre cadena, gira pesadamente, trabajosa, cargada, esperando que gires de vacío. Tu giras ya sobre el vacío de nuestras cabezas!

¡Aquello era un mal síntoma! ¡Al día siguiente ya estaba! Ya lo había enviado todo a rodar. El

580 cadena de apresto se había sublevado. Yo estaba en no sé qué estado de sensibilidad, cuando mi mirada tropezó con un rostro de pulidor inundado de sudor. El sudor corría a arroyos por su faz. Yo miraba las otras cabezas, con ojos que nunca me había conocido. Era como si por primera vez hubiera sentido todo lo que aquellas caras expresaban, de laxitud y sufrimiento. Aunque ellas no expresaran nada. Me había hecho demasiado cariñoso con ellos, esa es la expresión. El contraamaestre estaba hecho una fiera. Estaba loco, verdaderamente loco. Los jefes de equipo reflejaban su locura y se azoraban de tal modo, que no sabían ya lo que se hacían. Yo oía rechinar las rodillas. Se hubiera dicho, que los riñones hacían ruido al doblarse. A la siguiente semana, yo tenía que pasar a jefe de equipo. Había sido contratado para ascender hasta el puesto de contraamaestre, después de trabajar unas semanas como obrero. Tenía buenos informes. Pero, de repente me puse a rehusarlo todo. No podía aceptar el tratar a aquellos pobres hombres como a presidiarios; no habían hecho nada para eso, y yo no quería quedarme como obrero, porque—aunque corriera el riesgo de morir de hambre—quería salvar la lucecita del espíritu que se quedaba en el cráneo. Pasé a caja a liquidar.

Apenas fuera, me entraron ganas de volver junto a mis camaradas. Me parecía despertar. Sentía el corazón oprimido por dejarlos en aquel infierno.

En cuanto al «Ford» no deja de seguir siendo un coche muy bueno...

Albert SOULILLOU



El hombre, delincuente o no, es hijo del ambiente en el que se han modelado los caracteres fundamentales de su organismo, por aquella ley de afinidades de una parte con el todo, que recoge en una sola gota y en proporciones diversas la suma de las materias químicas disueltas en el océano humano, pero también es hijo de sí mismo, y según sea su conformación orgánica y psíquica, su capacidad y sus aptitudes, será más o menos idóneo para vencer o sucumbir en la lucha por la vida, como según sea su sentido moral violará o no el derecho ajeno. En el primer caso, reunirá condiciones para asociar sus actividades a la colectividad o caerá a los pies de los más fuertes hasta que desaparezcan las leyes de fuerza y violencia. En segundo término, en sentido moral mismo, aunque fuera de toda sanción legislativa, según la teoría de Guyau, lo pondrán en frente de los confines naturales entre su derecho y el derecho de los otros, y la tendencia a respetarlos, o mejor dicho, sus predisposiciones psíquicas inconscientes le llevarán a violar la vida

de sus semejantes o a atacar las razones de los otros con la violencia o con la astucia.

Si hay una predisposición orgánica que nos obliga a ser inteligentes u obtusos, si la naturaleza, en su variada e infinita simiente, cría poetas, artistas y sabios, que serán hombres de talento aún a despecho de mil adversidades, al lado de macrocéfalos, a los que nadie será capaz de enseñarles las más rudimentarias nociones científicas; si desde el nacimiento se es raquítico o robusto, enfermo o sano, también los gérmenes de las enfermedades morales, resultado de injusticias naturales o sociales, se forman al simple contacto con las causas externas. La imbecilidad o el delito no se encontrarán latentes en los organismos apenas nacidos, sino escondidos entre la materia inconsciente, prontos, sin embargo, a manifestarse, como bacilos ocultos, a las primeras provocaciones del exterior.

Pedro GORI

LA VIDA

Y

LOS LIBROS

«Stefan Zweig, cazador de almas», por Eugen Relgis. Ediciones Humanidad. Montevideo, 1952.

El denominativo es ajustado, «cazador de almas». Esto fué Zweig. Notamos en sus libros cómo ahonda en el alma del personaje y nos lo muestra tal y como debió ser. Convenimos en que no pudo ser de otro modo que de la manera que alcanzó a vislumbrar la sutil penetración psicológica del autor de «Momentos estelares de la Humanidad». Así es como observamos el alma tenebrosa en «Fouchée»; un indómito espíritu aventurero en «Magallanes»; y la personificación de la inteligencia, de la intensa preocupación filosófica en «Erasmus».

Relgis es también otro «cazador de almas». Inquieto, apasionado, con una definida trayectoria de idealista, gusta de mostrar, en sus facetas más representativas a esos hombres que, en pos de la humana superación, han irradiado fulgor de ejemplaridad. Pulcramente editado, el nuevo volumen de Relgis se lee con singular delectación. Y al través de entrevistas, de cartas, de apuntes íntimos de diario, Eugen Relgis nos pone de relieve el carácter, la fisonomía moral de un gran escritor que en una hora trágica el mundo perdió para siempre.

F.

«El Hombre y el Estado», por Jacques Maritain, editorial Kraft, Buenos Aires, 1952.

Más que el individuo y el Estado podría titularse a este libro **el individuo ante cierta clase de Estado**. Aborda Maritain un tema ya bastante trillado por los filósofos liberales, y su opinión de reducir el rol del Estado a funciones puramente sociales es una resonancia que se repite desde Platón a nuestros días, sin que se haya podido idealizar nunca al Leviathan, a pesar de las buenas intenciones. A la hora de la verdad, el Estado es el Estado de Hobbes, y no otro. Su evolución histórica no corresponde en ningún momento a las ideas miríficas de los Maritain de ayer y de hoy, y **el Estado contra el individuo** es la constante desde que la historia es historia. Todo intento de remodelar el Estado está contra su naturaleza primigenia y esencial, y es una tarea absurda. A través de sus diferentes visajes, ha conservado siempre su íntima condición destructora y despótica. La hora histórica de la liberación del individuo estará marcada por la destrucción del Estado. Es la única salida.

«Ancho es el mundo», por Sinclair Lewis, editorial Kraft, Buenos Aires, 1952.

El autor de «Calle Mayor», que tanta fama ganó poniendo de relieve las reconditeces morales y mentales del americano medio, insiste en el tema, pero esta vez sus héroes deben enfrentarse con una realidad nueva, sugestiva e inesperada: la vida europea. La guerra de 1914-18 lanzó a una buena parte de la juventud americana al escenario europeo, y mucho más la pasada guerra mundial. Ese trasiego no podía tener otra consecuencia que la de hacer soñar al hombre de América con el encanto del viejo continente. Es así como un buen día, al salir del hospital con una larga convalecencia por delante, el último personaje de Lewis se lanza a las procelosidades de la Europa descalabrada y contradictoria dejada por la guerra mundial número 2, y sus experiencias van siendo anotadas con esta minuciosidad—un poco pesada, digámoslo de paso—que caracteriza a Lewis. El libro, sin embargo, consigue crear maravillosamente ese desplazamiento—de hastío muchas veces—que distingue la vida del extranjero, aunque tenga dólares, y que no logra mitigar ni la curiosidad ni la sorpresa.

«Temas y variaciones», por Aldous Huxley, Seleccionado «Criba», España, 1951.

En ese libro de ensayos se aprecia singularmente el múltiple conocimiento de Huxley, su profundidad para discernir causas y problemas relacionados con el arte, la sociedad, la política y la economía. De un amplio estudio sobre Maine de Biran, con agudas consideraciones sobre la historia, la moral y la religión, el autor nos traslada al mundo sugestivo de El Greco y después al alucinante arte de Goya, a los que interpreta de manera original y honda. Su incursión por el problema de las cárceles es de una sagaz penetración y una comprensión muy humana—¿cómo se habrá leído ese capítulo en la España de Franco?—y el pesimismo generoso del último ensayo, **La doble crisis**, aunque tal vez discutible, evidencia la angustia por la suerte de nuestro mundo, enfrentado con una de las más grandes crisis de la historia. Sin lugar a dudas, después de «El fin y los medios», este es el mejor libro de ensayos de Huxley, o, por lo menos, el más polifacético y representativo del gran escritor inglés.

B. M.

POETAS

de ayer y de hoy

BAJO LA LLUVIA

¡Cómo resbala el agua por mi espalda!
¡Cómo moja mi falda!
Y pone en mis mejillas su frescura de nieve.
Llueve, llueve, llueve.

Y voy, senda adelante,
Con el alma ligera y la cara radiante,
Sin sentir, sin soñar,
Llena de la voluptuosidad de no pensar.

Un pájaro se baña
En una charca turbia. Mi presencia le extraña
Se detiene... Me mira... Nos sentimos amigos...
¡Los dos amamos mucho cielos, campos y trigos!

Después es el asombro
De un labriego que pasa con su azada en el hombro.

Y la lluvia me cubre
De todas las fragancias que a los setos da Octubre.

Y es sobre mi cuerpo, por el agua empapado,
Como un maravilloso y estupendo tocado
De gotas cristalinas, de flores deshojadas
Que vuelcan a mi paso las plantas asombradas.

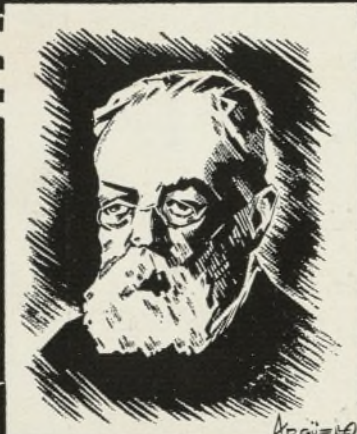
Y siento, en la vacuidad
Del cerebro sin sueños, la voluptuosidad
Del placer infinito, dulce y desconocido,
de un minuto de olvido.

Llueve, llueve, llueve,
Y tengo, en alma y carne, como un frescor de nieve.

Juana de IBARBOUROU.

Anselmo Lorenzo

EL Proletariado Militante origen del Sindicalismo



Ediciones M.L.E.-C.N.T.

¿CUALES SON LOS ORIGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO ANARCO-SINDICALISTA ESPAÑOL? ¿Cuáles son sus principios ideológicos? ¿Cuáles son sus tácticas y cuáles sus objetivos? ¿Cuáles han sido sus luchas, sus triunfos y sus martirios? ¿Cuál ha sido su trayectoria desde los tiempos de la Primera Internacional hasta nuestros días?

Dos obras, que no deben faltar en la biblioteca de todo aficionado a los estudios sociales, satisfacen plenamente a estos interrogantes:

EL PROLETARIADO MILITANTE

(Origen del Sindicalismo)

Por Anselmo LORENZO. Dos tomos con 528 páginas. Precio de los dos tomos incluidos gastos de envío: 250 francos.

LA C.N.T. EN LA REVOLUCION ESPAÑOLA

Por José PEIRATS. Un tomo con 416 páginas, fotocubierta a dos colores e ilustraciones sobre papel couché. Precio del primer tomo (el segundo se halla en prensa): 600 francos.

Pedidos a J. Cazorla, 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

80 frs

Ayuntamiento de Madrid

B. Milla: E
en la encrucij
A. F. S.: ¿P
técnica el vie
hambre?—Jos
ña excursión
principios de
gis: Del act
anarquista.—
camino.—Eug
relato.—Su M
—Ugo Fedeli
bert de Jong
J. A. R.: En
a la etapa
1936.—Felipe
del Romantico
Milosz: El cir
indómita...
Jamín Frank
poco.—La mu
fort: Sobre l
José Echegar
periodista.—E
el arte y la
Hernández:
amigo Arcad
cinto Benave
chado, Victor
reño, José F.
Felipe y Nava
fiesto de los
noles contra

gosto
1952
REVISTA